



Georges Simenon

El arriero de  
«La Providence»

(Los casos de Maigret)

TRADUCCIÓN DE NÚRIA PETIT

Un mundo de novela ... [www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



En un establo cerca de las aguas del canal lateral del Marne, a la altura de Dizy, aparece el cadáver de una mujer que navegaba en el *Southern Cross*, un elegante yate que nadie había visto surcar antes los canales de la región. Cuando Maigret llega a la escena del crimen los principales sospechosos son los tripulantes de la embarcación, sofisticados y extravagantes: sir Lampson —el marido de la víctima—, Willy, Vladímir y la señora Negretti. Pero la aparición de un segundo cadáver flotando en las aguas del canal pondrá al comisario sobre la pista de *La Providence*, la gabarra de un modesto matrimonio de Bruselas y su arriero Jean, un hombre rústico y huraño. Sólo cuando Maigret descubra los secretos que albergan el *Southern Cross* y *La Providence*, entenderá por qué el cruce de sus recorridos había de resultar funesto.

# **El arriero de «La Providence»**

**Comisario Maigret - 2**

Título original: *Le charretier de «La Providence»*  
Georges Simenon, 1931  
Traducción: Núria Petit  
En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1971)

Editor digital: IbnKhaldun  
Digitalización mecánica y electrónica: armauirumque



# 1

## LA ESCLUSA 14

De los hechos minuciosamente reconstruidos, lo único que se deducía era que el descubrimiento de los dos arrieros de Dizy resultaba, por así decirlo, imposible.

El domingo —era 4 de abril— empezó a llover a cántaros a las tres de la tarde.

En aquel momento había en el puerto, aguas arriba de la esclusa 14, que conecta el Marne y el canal lateral, dos gabarras de motor que bajaban, un barco descargando y otro vaciando.

Un poco antes de las siete, cuando empezaba a anochecer, se anunció y entró en la cámara un barco cisterna, el *Eco III*.

El operario de la esclusa manifestó su mal humor porque tenía en casa a unos parientes que habían venido de visita. Le dijo que no por señas a una chalana que minutos después llegaba al paso lento de sus dos caballos.

Regresó a casa y al poco rato vio entrar al arriero, al que conocía.

—¿Puedo pasar? Al patrón le gustaría dormir mañana en Juvigny...

—Pasa si quieres. Pero te ocuparás de las compuertas tú mismo...

Cada vez llovía con más fuerza. Desde la ventana, el operario de la esclusa vio la silueta achaparrada del arriero, que iba pesadamente de una compuerta a la otra, hacía avanzar a sus bestias y amarraba los cables a los norays.

La gabarra se elevó poco a poco por encima de las paredes. No era el

patrón el que llevaba el timón, sino su mujer, una bruselense gorda con el cabello de un rubio chillón y una voz muy aguda.

A las siete y veinte, *La Providence* estaba parada frente al Café de la Marine, detrás del *Eco III*. Los caballos volvieron a bordo. El arriero y el patrón se dirigieron a la cantina, donde había otros marineros y dos pilotos de Dizy.

A las ocho, cuando ya había caído la noche, un remolcador arrastró hasta la entrada de las compuertas los cuatro barcos.

Eso aumentó el público del Café de la Marine. Ya eran seis las mesas ocupadas. Los hombres se interpelaban de una mesa a otra. Los que entraban dejaban regueros de agua tras de sí y sacudían sus botas pegajosas.

Las mujeres acudían a comprar provisiones a la estancia contigua, iluminada por una lámpara de petróleo.

El aire era pesado. Se habló de un accidente que se había producido en la esclusa 8 y del retraso que podían sufrir los barcos que subían.

A las nueve, la bruselense de *La Providence* vino a buscar a su marido y al arriero, que se marcharon después de saludar al personal.

A las diez, las lámparas estaban apagadas a bordo de la mayor parte de los barcos. El operario de la esclusa acompañó a sus parientes hasta la carretera de Épernay, que atraviesa el canal a dos kilómetros de la esclusa.

No vio nada anormal. De regreso, al pasar por delante del Café de la Marine echó una ojeada, y un piloto lo llamó.

—¡Ven a tomar un trago! Estás empapado...

Se tomó una copa de ron, de pie. Dos arrieros, cargados de vino tinto y con los ojos brillantes, se levantaron y se dirigieron hacia la cuadra contigua a la cantina, donde dormían sobre la paja junto a sus caballos.

No estaban totalmente borrachos, pero habían bebido lo suficiente como para dormir con un sueño pesado.

En la cuadra, que sólo estaba iluminada por un farol de petróleo a media luz, había cinco caballos.

A las cuatro, uno de los arrieros despertó a su compañero y los dos empezaron a ocuparse de sus bestias. Oyeron que alguien sacaba los caballos de *La Providence* y los enganchaba.

A esa misma hora se levantaba el dueño del Café de la Marine y encendía

la lámpara de su cuarto, en el primer piso. También él oyó cómo *La Providence* se ponía en marcha.

A las cuatro y media, el motor diésel del barco cisterna empezó a toser, pero no partió hasta un cuarto de hora más tarde, después de que el patrón se trasegara un grog en el café que acababa de abrir.

Apenas había salido y su barco aún no había llegado al puente cuando los dos arrieros hicieron su descubrimiento.

Uno de los dos tiraba de sus caballos hacia el camino de sirga. El otro andaba rebuscando en la paja para encontrar el látigo cuando su mano tropezó con un cuerpo frío.

Impresionado porque había creído reconocer un rostro humano, cogió el farol y alumbró el cadáver que iba a conmocionar Dizy y a trastornar la vida del canal.

El comisario Maigret, de la Primera Brigada Móvil, estaba recapitulando estos hechos y situándolos en su contexto.

Era lunes por la tarde. Aquella misma mañana, la Fiscalía de Épernay se había personado en el lugar de los hechos y, tras la visita de la Policía científica y de los médicos forenses, el cuerpo había sido trasladado a la morgue.

Continuaba lloviendo, una lluvia fina, persistente y fría que no había dejado de caer en toda la noche ni en todo el día.

Unas siluetas iban y venían sobre las compuertas de la esclusa donde un barco se elevaba imperceptiblemente.

El comisario, que estaba allí desde hacía una hora, sólo había pensado en familiarizarse con un mundo que descubría de repente y acerca del cual al llegar no tenía más que unas cuantas nociones falsas o confusas.

El operario de la esclusa le dijo:

—En la testa no había casi nada: dos motonaves que bajaban, una motonave que subía y que pasó la esclusa por la tarde, un vaciado y dos panamás. Luego llegó la charrúa con sus cuatro barcos...

Y Maigret se enteró entonces de que una *charrúa* es un remolcador, y un *panamá* un barco que no tiene ni motor ni caballos a bordo y que alquila un



arriero con sus bestias para un determinado recorrido, y a eso se le llama «navegación de día largo».

Al llegar a Dizy, no había visto más que un canal estrecho a tres kilómetros de Épernay y un pueblo insignificante cerca de un puente de piedra.

Había tenido que andar chapoteando en el barro por el camino de sirga hasta llegar a la esclusa, que distaba dos kilómetros de Dizy.

Y allí había encontrado la casa del operario de la esclusa, de piedra gris, con su rótulo: oficina de declaración.

Había entrado en el Café de la Marine, que era la otra construcción del lugar.

A la izquierda, una cantina pobre, con las mesas cubiertas de hule marrón y las paredes pintadas mitad de marrón y mitad de amarillo sucio.

Pero reinaba un olor característico que bastaba para diferenciarlo de una cantina rural. Un olor a caballeriza, arneses, alquitrán, especias, petróleo y gasoil.

La puerta de la derecha estaba provista de una campanita y había anuncios transparentes pegados a los cristales.

Aquello estaba abarrotado de mercancías: impermeables de hule, zuecos, prendas de lona, sacos de patatas, barriles de aceite alimenticio y cajas de azúcar, de guisantes y de alubias, mezclados con verduras y piezas de loza.

No había ni un cliente. En la cuadra sólo quedaba el caballo que el propietario enganchaba para ir al mercado, un animal grande de color gris, tan familiar como un perro, que no estaba atado y que de vez en cuando se paseaba por el patio entre las gallinas.

Todo estaba empapado de agua del cielo. Era la nota dominante. Y la gente que pasaba era negra y reluciente, y caminaba inclinada hacia delante.

A cien metros, un trenecito Decauville iba y venía por un astillero, y su conductor, en la parte de atrás de la locomotora en miniatura, había fijado un paraguas bajo el cual se guarecía, indolente, con los hombros encogidos.

Una gabarra se separaba de orilla y se impulsaba con la pértiga hasta la esclusa, de la cual otra salía.

¿Cómo había llegado hasta allí aquella mujer? ¿Por qué? Ésta era la pregunta que había intrigado a la policía de Épernay, la Fiscalía, los médicos

y los técnicos de la Policía científica y a la que Maigret daba vueltas y más vueltas en su cabeza embotada.

Lo primero de lo que estaban seguros era de que había sido estrangulada. La muerte se remontaba al domingo por la noche, probablemente hacia las diez y media.

Y el cadáver había sido descubierto en la cuadra poco después de las cuatro de la madrugada.

Cerca de la esclusa no pasa ninguna carretera. No hay nada allí que pueda atraer a alguien que no se dedique a la navegación. El camino de sirga es demasiado estrecho para permitir el paso de un automóvil. Y aquella noche habría habido que chapotear hasta media pierna por los charcos de agua y por el barro.

Y estaba claro que la mujer pertenecía a un mundo que se desplaza más a menudo en vehículos de lujo y en coche cama que a pie.

Solamente llevaba un traje de seda color crema y unos zapatos de ante blanco que eran más bien zapatos de playa que de ciudad.

El vestido estaba arrugado, pero no tenía ni una mancha de barro. Lo único que aún estaba mojado en el momento del descubrimiento era la punta del zapato izquierdo.

—¡Entre treinta y ocho y cuarenta años! —había dicho el médico después de examinarla.

Sus pendientes eran dos perlas auténticas, que valían unos quince mil francos. Su pulsera, de oro y platino, de un diseño ultramoderno, era más aparente que costosa pero llevaba la firma de un joyero de la place Vendôme.

Los cabellos eran castaños, ondulados, muy cortos en la nuca y las sienes.

En cuanto a la cara, desfigurada por el estrangulamiento, debió de haber sido bastante bonita.

Una mujer llamativa, sin duda.

Las uñas, pintadas y manicuradas, estaban sucias.

No habían encontrado ningún bolso junto a ella. La policía de Épernay, de Reims y de París, provista de una fotografía del cadáver, intentaba en vano, desde la mañana, establecer su identidad.

Y la lluvia caía sin tregua sobre un paisaje feo. A derecha e izquierda, el horizonte estaba obstruido por unas colinas calcáreas con vetas blancas y

negras donde las viñas en aquel momento del año parecían cruces de madera en un cementerio del frente.

El operario de la esclusa, al que sólo una gorra con galones plateados permitía reconocer, daba vueltas apesadumbrado alrededor del estanque donde el agua empezaba a borbotear cada vez que abría las válvulas.

Y a todos los marineros, cada vez que un barco se elevaba o descendía, les contaba la historia.

A veces los dos hombres, después de firmar los impresos reglamentarios, se dirigían a grandes zancadas al Café de la Marine, y vaciaban unas copas de ron o unos vasos de vino blanco.

De vez en cuando el operario señalaba con un movimiento de la barbilla a Maigret que, merodeando sin un objetivo concreto, debía dar la impresión de estar desconcertado.

Y era verdad. El caso se presentaba de una forma totalmente anormal. Ni siquiera había un testigo al que interrogar.

Porque la Fiscalía, después de preguntar al operario y ponerse de acuerdo con el ingeniero de caminos, había decidido dejar que todos los barcos continuasen su ruta.

Hacia las doce, los dos arrieros fueron los últimos en marcharse convoyando cada uno un panamá.

Como hay una esclusa cada tres o cuatro kilómetros y las esclusas están conectadas telefónicamente, se podía saber en cualquier momento el lugar donde se encontraba un barco y cortarle el paso.

Además, un comisario de policía de Épernay había interrogado a todo el mundo, y Maigret tenía a su disposición el acta de esos interrogatorios, de los cuales sólo se podía deducir que la realidad era inverosímil.

Todos los que se encontraban la víspera en el Café de la Marine eran conocidos o del patrón o del operario de la esclusa, y generalmente de los dos.

Los arrieros dormían al menos una vez por semana en la misma cuadra, y siempre en el mismo estado bastante próximo a la embriaguez.

—¡Compréndalo! En cada esclusa se toman un trago...

Y casi todos los operarios despachan bebidas...

El barco cisterna que había llegado el domingo por la tarde y se había ido

el lunes por la mañana transportaba gasolina y pertenecía a una gran compañía de Le Havre.

En cuanto a *La Providence*, de la cual el patrón era propietario, pasaba veinte veces al año, con sus dos caballos y su viejo arriero. ¡Y lo mismo las demás!

Maigret estaba desanimado. Entró cien veces en la cuadra, y después en la cantina y en la tienda.

Lo vieron caminar hasta el puente de piedra como si contara sus pasos o buscara algo en el barro. Asistió, ceñudo y calado hasta los huesos a diez curdas.

La gente se preguntaba cuál sería su idea, y en realidad no tenía ninguna. Ni siquiera intentaba descubrir una pista propiamente dicha, sino más bien impregnarse del ambiente, captar aquella vida del canal tan diferente de la que él conocía.

Se había asegurado de que podrían prestarle una bicicleta en el caso de que quisiera alcanzar alguno de los barcos.

El operario le había entregado la *Guía oficial de la navegación interior*, donde localidades desconocidas como Dizy adquieren una importancia insospechada, por razones topográficas o por alguna conexión, algún cruce, la presencia de un puerto, una grúa y hasta una oficina de declaración.

Trataba de seguir mentalmente a las gabarras y a los arrieros: «Ay - Puerto - Esclusa n.º 13. Mareuil-sur-Ay - Astillero de construcción naval - Puerto - Estanque de virada - Esclusa n.º 12 - Cota 74,36...».

Después Bisseuil, Tours-sur-Marne, Condé, Aigny...

Al otro extremo del canal, más allá de la meseta de Langres, que los barcos escalaban de esclusa en esclusa y que volvían a bajar por la ladera contraria, el Saona, Chalon, Mâcon, Lyon...

—¿Qué se le ha perdido aquí a esta mujer?

¡En una cuadra, con sus pendientes de perlas, su pulsera de diseño y sus zapatos de ante blanco!

Tuvo que haber llegado viva, ya que el crimen se había cometido después de las diez de la noche.

Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¡Y nadie había oído nada! ¡No había gritado! ¡Los dos arrieros no se habían despertado!

De no ser por el látigo perdido, ¡sin duda no habrían descubierto el cadáver hasta quince días o un mes más tarde, por casualidad, removiendo la paja!

¡Y otros arrieros habrían venido a roncar al lado de aquel cuerpo de mujer!

A pesar de la lluvia fría, seguía habiendo en el ambiente algo pesado, implacable. Y el ritmo de vida era lento.

Pies calzados con botas o con zuecos se arrastraban sobre los muros de la esclusa o por el camino de sirga. Caballos muy mojados esperaban el final de la operación en la esclusa para ponerse de nuevo en camino estirándose con un esfuerzo progresivo sobre las patas traseras.

Y ya estaba casi anocheciendo, como la víspera. Ya las gabarras que subían no continuaban su camino sino que amarraban para pasar la noche, mientras los marineros entumecidos se dirigían por grupos hacia la cantina.

Maigret fue a echar una ojeada al cuarto que le acababan de preparar, junto al del patrón. Se quedó allí unos diez minutos, se cambió de zapatos y limpió la pipa.

En el momento de bajar, un yate conducido por un marinero con impermeable de hule pasaba rozando la orilla al ralentí, hacía marcha atrás y se detenía limpiamente entre dos norays.

El marinero efectuó solo todas estas maniobras. Dos hombres salieron poco después de la cabina, miraron con cara de aburrimiento a su alrededor y acabaron por dirigirse al Café de la Marine.

También ellos se habían puesto unos impermeables. Pero, al quitárselos, se quedaron en camisa de franela abierta sobre el pecho y pantalón blanco.

Los marineros los miraban sin que los recién llegados diesen ninguna muestra de sentirse incómodos. ¡Al contrario! Aquel tipo de ambiente parecía serles familiar.

Uno de ellos era alto, gordo, de pelo gris, de tez color ladrillo y ojos saltones de mirada glauca que se deslizaban sobre las personas y las cosas como sin verlas.

Se recostó en la silla de paja, acercó una segunda silla para poner los pies y chasqueó los dedos para llamar al dueño.

Su compañero, que debía de tener veinticinco años, le hablaba en inglés

con un desparpajo que olía a esnobismo.

Fue él quien preguntó sin acento:

—¿Tiene champán natural?... ¿No espumoso?...

—Sí...

—Pues tráiganos una botella...

Fumaban cigarrillos con boquilla importados de Turquía.

La conversación de los marineros, que se había interrumpido un instante, se iba reanudando.

Poco después de que el dueño sirviese el vino, entró el marinero, con pantalón blanco también y un jersey a rayas azules.

—Aquí, Vladímir...

El más gordo bostezaba, expresando un aburrimiento compacto. Vació su copa con una mueca sólo a medias satisfecha.

—¡Una botella! —murmuró, dirigiéndose al más joven.

Y éste lo repitió más fuerte, como si estuviese acostumbrado a transmitir así las órdenes:

—¡Una botella!... ¡Del mismo!

Maigret salió de su rincón, donde se había sentado con un botellín de cerveza.

—Perdón, señores... ¿Me permiten que les haga una pregunta?...

El mayor señaló a su compañero con un gesto que significaba: «¡Diríjase usted a él!».

No mostraba ni sorpresa ni interés. El marinero se servía de beber y cortaba la punta de un puro.

—¿Llegan ustedes por el Marne?

—Por el Marne, claro...

—¿Anoche estuvieron amarrados lejos de aquí?

El más gordo giró la cabeza y dijo en inglés:

—¡Contéstale que no le importa!

Maigret fingió no haberlo entendido y, sin añadir nada, sacó de su cartera la fotografía del cadáver y la dejó sobre el hule marrón de la mesa.

Los marineros, sentados o de pie delante del mostrador, seguían la escena con los ojos.

El hombre del yate apenas movió la cabeza para mirar la foto. Luego

examinó a Maigret y suspiró:

—¿Policía?

Tenía un fuerte acento inglés y una voz cansada.

—¿Policía judicial! Ayer noche se cometió un crimen aquí. La víctima aún no ha podido ser identificada.

—¿Dónde está? —preguntó el otro, levantándose y señalando la foto.

—En la morgue de Épernay. ¿La conoce?

La cara del inglés era impenetrable. Maigret observó sin embargo que su cuello enorme, apopléctico, se había vuelto violáceo.

Cogió su gorra blanca, se la encasquetó en la cabeza calva y masculló en inglés volviéndose hacia su compañero:

—¡Más complicaciones!

Finalmente, indiferente a la atención de los marineros, declaró aspirando una bocanada de su cigarrillo:

—¡Es mujer mío!

Se oyó más claro el crepitar de la lluvia sobre los cristales y hasta el chirriar de las manivelas de la esclusa. Hubo unos segundos de silencio absoluto, como si toda vida hubiese quedado en suspenso.

—Pague, Willy...

El inglés se echó el impermeable sobre los hombros, sin meter los brazos en las mangas, y gruñó dirigiéndose a Maigret:

—Venga al barco...

El marinero al que había llamado Vladímir apuró primero la botella de champán y luego se fue como había venido, en compañía de Willy.

Lo primero que vio el comisario al subir a bordo fue una mujer en bata, descalza, con el pelo suelto, que dormitaba encima de una litera de terciopelo granate.

El inglés le tocó el hombro y, con la misma flema que antes, en un tono exento de galantería, ordenó:

—Sal...

Luego esperó, con la mirada flotando sobre la mesa plegable donde había una botella de whisky y media docena de vasos sucios, así como un cenicero lleno de colillas.

Acabó por servirse de beber maquinalmente y empujó la botella hacia

Maigret con un gesto que significaba: «Si quiere...».

Una gabarra pasaba rozando los ojos de buey y el arriero, a cincuenta metros, detenía sus caballos cuyos cascabeles se oía tintinear.



## 2

### LOS HUÉSPEDES DEL «SOUTHERN CROSS»

Maigret era aproximadamente tan alto y ancho como el inglés. En el quai des Orfèvres, su placidez era legendaria. Sin embargo, aquella vez la calma de su interlocutor lo impacientaba.

Y esa calma parecía ser la consigna a bordo. Desde el marinero Vladímir hasta la mujer a la que acababan de arrancar del sueño, todos tenían el mismo aspecto indiferente o alorado. Parecían personas sacadas de la cama al día siguiente de una borrachera.

Un detalle, entre cien. Al levantarse y buscar un paquete de cigarrillos, la mujer vio la fotografía que el inglés había dejado sobre la mesa y que durante el corto trayecto del Café de la Marine al yate se había mojado.

—¿Mary?... —preguntó, estremeciéndose apenas.

—¡Mary, yes!

Y eso fue todo. Salió por una puerta que se abría hacia la proa y que debía de conducir al baño.

En ese momento Willy llegaba a la cubierta y se inclinaba delante de la escotilla. El salón era exiguo. Los tabiques de caoba barnizada eran delgados y desde proa se debía de oír todo, pues el propietario miró hacia ese lado, con las cejas fruncidas, y luego miró al joven y le dijo con cierta impaciencia:

—¡Vamos!... ¡Entre!

Y a Maigret, bruscamente:

—¡Sir Walter Lampson, coronel retirado del Ejército de la India!

Acompañó su propia presentación con un pequeño saludo seco y un gesto que señalaba la banqueta.

—¿Y este señor?... —preguntó el comisario, volviéndose hacia Willy.

—Un amigo... Willy Marco...

—¿Español?

El coronel se encogió de hombros. Maigret escrutaba con la mirada el rostro manifiestamente israelita del joven.

—Griego por parte de padre... Húngaro por parte de madre...

—Me veo obligado a hacerle una serie de preguntas, sir Lampson...

Willy se había sentado con desparpajo en el respaldo de una silla y se balanceaba fumando un cigarrillo.

—¡Le escucho!

Pero, en el momento en que Maigret iba a hablar, el coronel preguntó:

—¿Quién ha hecho? ¿Se sabe?

Hablaba del autor del crimen.

—Hasta ahora no hemos descubierto nada. Por eso, si usted me informa sobre algunos puntos, podrá ser de gran utilidad para la investigación...

—¿Con cuerda? —prosiguió, llevándose la mano al cuello.

—¡No! El asesino sólo empleó las manos. ¿Cuándo vio usted a la señora Lampson por última vez?

—Willy...

Por lo visto Willy era el que lo hacía todo, el que pedía las bebidas y el que contestaba a las preguntas que se le hacían al coronel.

—En Meaux, el jueves por la tarde... —dijo.

—¿Y no avisó usted de su desaparición a la policía?

Sir Lampson se sirvió otro whisky.

—¿Por qué? Hacía lo que quería, ¿no?

—¿Era frecuente que desapareciera así?

—A veces...

El agua crepitaba sobre la cubierta, encima de sus cabezas. El crepúsculo dejaba paso a la noche y Willy Marco accionó el interruptor.

—¿Están cargados los acumuladores? —le preguntó el coronel en inglés—. ¿No será como el otro día?

Maigret hacía un esfuerzo por dar un sentido concreto a su interrogatorio.

Pero lo asaltaban sin cesar nuevas impresiones.

Sin querer, lo miraba todo, pensaba en todo a la vez, de manera que tenía la cabeza llena de un burbujeo de ideas informes.

No era tanto indignación como incomodidad lo que le provocaba aquel hombre que, en el Café de la Marine, había echado una ojeada a la foto y había declarado sin inmutarse: «Es mujer mía...».

Recordaba a la desconocida de la bata preguntando: «¿Mary?...».

Y ahora Willy Marco se balanceaba sin cesar, con el cigarrillo entre los labios, mientras el coronel se preocupaba por los acumuladores.

En el ambiente neutro de su despacho, el comisario sin duda habría llevado a cabo un interrogatorio ordenado. Aquí empezó por quitarse el abrigo sin que lo invitaran a hacerlo y volvió a coger el retrato que era siniestro, como todas las fotografías de cadáveres.

—¿Vive usted en Francia?

—Francia, Inglaterra... A veces Italia... Siempre con mi barco, el *Southern Cross*...

—¿Y viene de...?

—¡París! —replicó Willy a quien el coronel había hecho señas para que contestara—. Estuvimos unos quince días, después de pasar un mes en Londres...

—¿Vivían a bordo?

—¡No! El barco estaba en Auteuil. Nos quedamos en el Hôtel Raspail, en Montparnasse...

—¿El coronel, su mujer, la persona que he visto hace un momento y usted?

—¡Sí! Esa señora es la viuda de un diputado chileno, la señora Negretti.

Sir Lampson soltó un suspiro de impaciencia y empleó de nuevo el inglés:

—Explíquesele deprisa, si no mañana por la mañana todavía estará aquí...

Maigret no se inmutó, pero a partir de entonces hizo sus preguntas con una pizca de brutalidad.

—¿La señora Negretti no es pariente suya? —le preguntó a Willy.

—En absoluto...

—Por lo tanto es una persona totalmente extraña, para usted y para el coronel... ¿Quiere decirme cómo están distribuidos los camarotes?

Sir Lampson tomó un sorbo de whisky, tosió y encendió un cigarrillo.

—A proa está la cabina de la tripulación, y allí duerme Vladímir. Fue aspirante en la marina rusa... Y formó parte de la Flota de Wrangel...

—¿No hay más marineros? ¿No hay criados?

—Vladímir se ocupa de todo...

—¿Qué más?

—Entre la cabina de la tripulación y este salón están a la derecha la cocina y a la izquierda el baño...

—¿Y a popa?

—El motor...

—¿Eran por lo tanto cuatro en esta cabina?

—Hay cuatro literas... Primero las dos banquetas que ve, que se transforman en divanes..., y luego...

Willy se dirigió hacia un tabique, abrió una especie de cajón largo y descubrió una cama completa.

—Hay una a cada lado... Ve...

Maigret, en efecto, empezaba a verlo un poco más claro y comprendía que no tardaría en conocer los secretos de aquella convivencia singular.

Los ojos del coronel eran glaucos y húmedos como los ojos de un borracho. Parecía indiferente a la conversación.

—¿Qué pasó en Meaux? Y, ante todo, ¿cuándo llegaron ustedes?

—El miércoles por la tarde... Meaux está a una etapa de París... Nos habíamos llevado a dos amigas de Montparnasse...

—Continúe...

—Hacía muy buen tiempo... Pusimos el fonógrafo y bailamos en la cubierta... Hacia las cuatro de la madrugada, yo llevé a nuestras amigas al hotel y ellas debieron de tomar el tren al día siguiente...

—¿Dónde estaba amarrado el *Southern Cross*?

—Cerca de la esclusa...

—¿No pasó nada especial el jueves?

—Nos levantamos muy tarde, porque nos despertó varias veces una grúa que cargaba piedras en una gabarra muy cerca de nosotros... El coronel y yo

tomamos el aperitivo en la ciudad... Por la tarde..., espere... El coronel durmió... Yo jugué al ajedrez con Gloria... Gloria es la señora Negretti...

—¿En la cubierta?

—Sí... Me parece que Mary había salido a dar un paseo.

—¿Ya no volvió?

—¡Perdón! Cenó a bordo... El coronel propuso pasar la velada en el *dancing* y Mary no quiso acompañarnos... Cuando volvimos, hacia las tres de la madrugada, ya no estaba...

—¿No hicieron averiguaciones?

Sir Lampson tamborileaba con la punta de los dedos sobre la mesa barnizada.

—El coronel le ha dicho que su mujer era libre de ir y venir a su antojo... La esperamos hasta el sábado y luego nos fuimos... Ella conocía el itinerario y sabía dónde encontrarnos...

—¿Van hacia el Mediterráneo?

—A la isla de Porquerolles, frente a Hyères, donde pasamos la mayor parte del año... El coronel ha comprado allí un antiguo fuerte, el Petit Langoustier...

—¿Durante el día del viernes, todo el mundo permaneció a bordo?

Willy vaciló un momento y después contestó un poco atropelladamente:

—Yo fui a París...

—¿Qué fue a hacer?

Se rió, con una risa desagradable, que imprimía a su boca una torsión anormal.

—Ya le ha hablado de nuestras dos amigas. Me apetecía volver a verlas... Al menos a una de ellas...

—¿Me puede dar sus nombres?

—Sus nombres de pila... Suzy y Lia... Están todas las tardes en La Coupole. Viven en el hotel que hace esquina con la rue de la Grande-Chaumière...

—¿Se dedican profesionalmente a los romances?

—Unas muchachas decentes...

Se abrió la puerta y se asomó la señora Negretti, que se había puesto un vestido de seda verde.

—¿Puedo pasar?

El coronel respondió encogiéndose de hombros. Debía de andar por el tercer whisky y los tomaba con muy poco agua.

—Willy... Pregunte... por las formalidades.

Maigret no necesitaba intermediario para comprender. Esa forma estafalaria y desdeñosa de hacerle las preguntas empezaba a molestarlo.

—Por supuesto antes que nada usted debe identificar el cuerpo... Después de la autopsia, sin duda obtendrá el permiso de inhumación. Designará el cementerio y...

—¿Podemos ir enseguida? ¿Hay un garaje para alquilar un coche?

—En Épernay...

—Willy... Llame para un coche... Enseguida, ¿eh?

—Hay un teléfono en el Café de la Marine —dijo Maigret mientras el joven, a regañadientes, se ponía el impermeable.

—¿Dónde está Vladímir?

—Lo he oído volver hace un momento...

—Diga que cenaremos en Épernay...

La señora Negretti, que era gorda, con el pelo de un negro lustroso y la piel muy blanca, se había sentado en un rincón, debajo del barómetro, y asistía a la escena con el mentón apoyado en la mano y un aire ausente o profundamente pensativo.

—¿Vendrá con nosotros? —le preguntó sir Lampson.

—No lo sé... ¿Todavía llueve?

Maigret estaba indignado y la última pregunta del coronel no contribuyó a calmarlo.

—¿Cuántos días cree necesitar, para todo?

Entonces, brutalmente, respondió:

—¿Incluido el entierro, supongo?

—Yes... ¿Tres días?...

—Si los médicos forenses entregan el permiso de inhumación y el juez de instrucción no se opone, materialmente podría liquidarlo en veinticuatro horas...

¿Se percató el otro de la amarga ironía que encerraban estas palabras?

Maigret sintió la necesidad de mirar el retrato: un cuerpo roto, sucio,

arrugado, una cara que había sido muy bonita, bien empolvada, con carmín perfumado en los labios y en las mejillas y de la que ahora ya no se podía contemplar la mueca sin sentir un escalofrío en la espalda.

—¿Toma algo?

—No, gracias...

—Entonces...

Sir Walter Lampson se levantó para dar a entender que consideraba terminada la conversación y llamó:

—¡Vladimir!... ¡Un traje!...

—Seguramente tendré que hacerle más preguntas —dijo el comisario—. Quizá me vea forzado a visitar el yate a fondo...

—Mañana... Primero Épernay, ¿no es cierto?... ¿Cuánto tiempo para el coche?...

—¿Me voy a quedar sola? —preguntó asustada la señora Negretti.

—Con Vladimir... Puede usted venir...

—No estoy vestida...

Willy entró como una exhalación y se quitó el impermeable que estaba chorreando.

—El coche estará aquí dentro de diez minutos...

—Entonces, comisario, si le parece...

El coronel señalaba la puerta.

—Debemos vestirnos...

Al salir, a Maigret no le faltaban ganas de partirle la cara a alguien, pues tenía los nervios de punta. Oyó cómo la escotilla se cerraba tras él.

Desde fuera, sólo se veía la luz de ocho ojos de buey y el fanal blanco colgado del mástil. A menos de diez metros se perfilaba la proa compacta de una gabarra y a la izquierda, en la orilla, una montaña de carbón.

Quizá era una ilusión, pero a Maigret le parecía que la lluvia arreciaba y el cielo era más negro y más bajo de lo que nunca lo había visto.

Caminó hacia el Café de la Marine, donde las voces callaron de repente cuando él entró. Todos los marineros estaban allí en círculo alrededor de la estufa de hierro. El operario de la esclusa estaba acodado en la barra junto a la hija de la casa, una pelirroja alta que llevaba zuecos.

Sobre el hule de las mesas habían quedado jarras de vino, vasos y

charcos.

—Entonces, ¿sí es su señora? —se atrevió por fin a preguntar el dueño.

—Sí. ¡Déme una cerveza! ¡O no, mejor algo caliente!... Un grog...

Poco a poco, los marineros reanudaron sus conversaciones. La chica trajo el vaso ardiendo y rozó el hombro de Maigret con su delantal.

El comisario se imaginaba a los tres personajes vistiéndose en la cabina estrecha, con Vladímir además.

Se imaginaba otras muchas cosas, pero distraídamente y no sin repugnancia.

Conocía la esclusa de Meaux, que es importante sobre todo porque, al igual que la de Dizy, hace la conexión entre el Marne y el canal donde hay un puerto en forma de medialuna que siempre está repleto de gabarras pegadas unas a otras.

Allí dentro, en medio de los patrones de gabarras, el *Southern Cross* iluminado, con las dos mujeres de Montparnasse, la gorda de Gloria Negretti, la señora Lampson, Willy y el coronel bailando en la cubierta al son del fonógrafo, bebiendo...

En un rincón del Café de la Marine, dos hombres con guardapolvo azul comían salchichón, que iban cortando con la navaja al mismo tiempo que el pan, y bebían vino tinto.

Y alguien contaba un accidente que había ocurrido por la mañana en la *bóveda*, es decir, en el lugar donde el canal para atravesar la parte más alta de la meseta de Landres discurre bajo tierra durante ocho kilómetros.

Un marinero se había enredado el pie con la cuerda de los caballos. Había gritado pero el arriero no lo había oído y, en el momento en que las bestias reanudaron la marcha después del descanso, se vio arrojado al agua.

El túnel no estaba iluminado. El barco sólo llevaba un fanal que apenas proyectaba unos débiles reflejos en el agua. El hermano del marinero —la gabarra se llamaba *Les Deux Frères*— se tiró al canal.

Sólo rescataron a uno, y ya estaba muerto. Buscaban al otro...

—Ya solamente les quedaban dos anualidades para terminar de pagar el barco. Pero, según el contrato, parece que las mujeres no tendrán que abonarlas...

Entró un chófer con una gorra de cuero buscando a alguien con la mirada.



—¿Quién ha pedido un coche?

—¡Yo! —dijo Maigret.

—He tenido que dejarlo en el puente... No tengo ganas de caerme al canal...

—¿Comerá aquí? —vino a preguntarle el dueño al comisario.

—Aún no lo sé...

Salió con el chófer. El *Southern Cross*, pintado de blanco, formaba una mancha lechosa entre la lluvia, y dos chiquillos, que a pesar del chaparrón estaban fuera, la miraban con admiración desde una gabarra contigua.

—¡Joseph! —gritó una voz de mujer—. ¡Trae a tu hermano!... ¡Te voy a dar!...

—*Southern Cross* —leyó el chófer en la proa—. ¿Son ingleses?...

Maigret cruzó la pasarela y llamó. Willy, que ya estaba listo, muy elegante con un traje oscuro, abrió la puerta y apareció el coronel congestionado, sin chaqueta, y Gloria Negretti anudándole la corbata.

La cabina olía a agua de colonia y brillantina.

—¿Ha llegado el coche? —preguntó Willy—. ¿Está aquí?

—En el puente, a dos kilómetros...

Maigret se quedó fuera. Oyó vagamente al coronel y al joven discutiendo en inglés. Por fin Willy vino a decirle:

—No quiere chapotear en el barro... Vladímir echará el bote al agua... Nos encontraremos allí...

—¡Mmm...!... ¡Mmm...! —gruñó el chófer, que lo había oído.

Al cabo de diez minutos, Maigret y él caminaban arriba y abajo por el puente de piedra, cerca del coche con los faros débilmente encendidos. Pasó casi media hora antes de que oyeran el zumbido de un motorcito de dos tiempos.

Por fin la voz de Willy gritó:

—¿Es aquí?... ¡Comisario!

—¡Sí, aquí!

La lancha con motor fueraborda describió un círculo y atracó. Vladímir ayudó al coronel a poner pie en tierra y quedó con él para la vuelta.

En el coche, sir Lampson no pronunció una palabra. Pese a su corpulencia, era de una extraordinaria elegancia. Tenía buen color, iba bien

aseado, era flemático, el perfecto *gentleman* inglés tal y como lo representan los grabados del siglo pasado.

Willy Marco fumaba un cigarrillo tras otro.

—¡Vaya cacharro! —suspiró mientras traqueteaban al cruzar un arroyo.

Maigret se fijó en que llevaba en el dedo un sello de platino adornado con un gran diamante amarillo.

Cuando entraron en la ciudad con los adoquines relucientes por la lluvia, el chófer subió el espejo y preguntó:

—¿A qué dirección debo...?

—¡A la morgue! —respondió el comisario.

Fue rápido. El coronel apenas despegó los labios. En el local sólo había un guarda y tres cuerpos tendidos sobre las baldosas.

Todas las puertas ya estaban cerradas con llave. Habían oído chirriar las cerraduras. Hubo que dar la luz.

Fue Maigret quien levantó la sábana.

—Yes!

Willy era el que estaba más conmovido e impaciente por huir de aquel espectáculo.

—¿Usted también la reconoce?

—Sí, es ella... Como está...

No terminó. Se iba poniendo lívido por momentos. Los labios se le secaban. De no habérselo llevado fuera el comisario, seguramente se habría desmayado.

—¿No saben quién ha hecho?... —articuló el coronel.

Quién sabe si en el sonido de su voz había una turbación apenas perceptible. Pero ¿no sería el efecto de los muchos vasos de whisky?

Maigret, a pesar de todo, tomó nota de esa pequeña flaqueza.

Se hallaban en una acera mal iluminada por un farol, frente al coche cuyo chófer no se había movido del asiento.

—Cena usted, ¿verdad? —dijo sir Lampson sin volverse siquiera hacia Maigret.

—No, gracias... Aprovecharé que estoy aquí para hacer algunas gestiones...

El coronel no insistió.

—Vamos, Willy...

Maigret se quedó un momento en el umbral de la morgue, mientras el joven, tras hablar con el inglés, se inclinaba para decirle algo al chófer.

Querían saber cuál era el mejor restaurante de la ciudad. Pasaba gente y también tranvías mal iluminados y rechinantes.

A pocos kilómetros se extendía el canal y a lo largo del mismo, cerca de las esclusas, dormían unas gabarras que se irían a las cuatro de la madrugada, en medio de un olor a café caliente y a caballeriza.

### 3

## EL COLLAR DE MARY

Cuando Maigret se acostó, en un cuarto cuyo olor característico más bien le resultó desagradable, se entretuvo un rato comparando dos imágenes.

Primero en Épernay, a través de los ventanales iluminados de La Bécasse, el mejor restaurante de la ciudad, el coronel y Willy, correctamente sentados a la mesa, rodeados de camareros con mucho estilo...

Eso fue menos de media hora después de la visita a la morgue. Sir Walter Lampson se mantenía un poco rígido y la impasibilidad de su rostro rubicundo, coronado por unos cabellos ralos y plateados, era prodigiosa.

Al lado de su elegancia, o más exactamente de su raza, la de Willy, a pesar de su desparpajo, olía a falso.

Maigret había cenado en otro sitio, se había puesto en contacto telefónico con la Prefectura, y luego con la policía de Meaux.

Finalmente había recorrido a pie, solo, en medio de la noche lluviosa, la larga línea blanca de la carretera. Había visto los ojos de buey iluminados del *Southern Cross* frente al Café de la Marine.

Y había tenido la curiosidad de presentarse en el barco, con la excusa de que se había dejado olvidada una pipa.

Allí recogió la segunda imagen: en la cabina de caoba, Vladímir, todavía con su jersey a rayas de marino y con un cigarrillo entre los labios, estaba sentado frente a la señora Negretti, cuyos cabellos aceitosos le cubrían de nuevo las mejillas.

Estaban jugando a las cartas, al *sesenta y seis*, un juego centroeuropeo.

Se produjo un momento de estupor. ¡Pero ni un respingo! La respiración suspendida por espacio de un segundo. Después de lo cual Vladímir se levantó para buscar la pipa. Gloria Negretti preguntó ceceando:

—¿Aún no vuelven?... Era Mary, ¿verdad?...

El comisario había estado a punto de subirse a la bicicleta, bordear el canal y llegar hasta las gabarras que habían pasado la noche del domingo al lunes en Dizy. Pero la visión del camino mojado y el cielo negro lo había disuadido.

Cuando llamaron a la puerta, se dio cuenta, antes incluso de abrir los ojos, de que la ventana dejaba penetrar en el cuarto la claridad gris del alba.

Había tenido un sueño agitado, lleno de pisadas de caballos, de gritos confusos, de pasos en la escalera, de vasos entrechocándose abajo, y por último de efluvios de café y ron caliente que subían hasta él.

—¿Qué hay?

—¡Soy Lucas! ¿Puedo pasar?...

Y el inspector Lucas, que trabajaba casi siempre con Maigret, empujó la puerta y estrechó la mano húmeda que su jefe le tendió sacándola de entre las sábanas.

—¿Ya tiene algo? ¿No está demasiado cansado?

—¡No se preocupe! Inmediatamente después de su llamada, fui al hotel que usted me dijo, en la esquina de la rue de la Grande-Chaumière. Las chicas no estaban. He anotado los nombres por si acaso... «Suzanne Verdier, alias Suzy, nacida en Honfleur en 1906... Lia Lauwenstein, nacida en el Gran Ducado de Luxemburgo en 1903...». La primera vino a París a servir hace cuatro años y luego trabajó un tiempo como modelo... La Lauwenstein ha vivido sobre todo en la Costa Azul... Ninguna de las dos, lo he comprobado, figura en los registros de la policía de moral y buenas costumbres... ¡Pero da lo mismo!

—Oiga, amigo, ¿por qué no me alcanza la pipa y me pide un café?

Se oían remolinos de agua en la esclusa y un motor diésel girando al ralentí. Maigret saltó de la cama, se dirigió hacia un lavabo minúsculo y echó agua fresca en la palangana.

—Siga...

—Fui a La Coupole, como usted me dijo... No estaban, pero todos los camareros las conocen... Me mandaron al Dingo, y luego a La Cigogne... Al final, en un pequeño bar americano que ya no recuerdo cómo se llama, en la rue Vavin, las encontré, solitarias, no muy ufanas... Lia no está nada mal... Lo que tiene sobre todo es mucha personalidad... Suzy es una rubita sin malicia que de haberse quedado en su pueblo ahora sería una buena madre de familia... Tiene la cara llena de pecas y...

—¿No ve usted una toalla por algún sitio? —le interrumpió Maigret, con la cara chorreando y los ojos cerrados—. Por cierto, ¿todavía llueve?

—No llovía cuando he llegado, pero descargará de un momento a otro. A las seis de la mañana había una niebla que te helaba los pulmones... Así que invité a las chicas a una copa... Y enseguida pidieron unos sándwiches, lo cual al principio no me sorprendió... Pero después me fijé en el collar de perlas que la Lauwenstein llevaba al cuello... Y bromeando las mordí... Son de lo más auténtico... No es un collar de multimillonaria americana, pero no baja de los cien mil francos... Y cuando unas mujercitas como éstas prefieren unos sándwiches y chocolate antes que unos cócteles...

Maigret, que fumaba su primera pipa, fue a abrirle la puerta a la chica que traía el café. Luego, por la ventana, echó una ojeada al yate, donde aún no había señales de vida. Pasaba una gabarra junto al *Southern Cross*. El marinero agarrado al timón miraba a su vecino con una admiración gruñona.

—Bueno... Continúe...

—Las llevé a otro sitio, a una cafetería tranquila... Allí de repente les enseñé la placa, luego señalé el collar y por si acaso les solté: «Las perlas de Mary Lampson, ¿verdad?». Las chicas seguramente no sabían que había muerto. En todo caso, si lo sabían, interpretaron su papel a la perfección. Tardaron unos minutos en confesar. Suzy fue la que acabó aconsejándole a la otra: «Dile la verdad, ¡al fin y al cabo ya lo sabe casi todo!». Y ha sido una bonita historia... ¿Quiere que le eche una mano, jefe?...

Maigret, en efecto, se esforzaba inútilmente por pescar los tirantes que le colgaban sobre los muslos.

—Primero, el punto más importante: las dos juraron que fue la propia Mary Lampson la que les dio las perlas el viernes pasado, en París, adonde fue a verlas... Usted lo comprenderá mejor que yo, que sólo conozco el caso

por lo que usted me contó por teléfono... Pregunté si la señora Lampson iba acompañada por Willy Marco. Ellas pretenden que no, afirman que no han visto a Willy desde el jueves, cuando lo dejaron en Meaux...

—¡No corra tanto! —le interrumpió Maigret, anudándose la corbata delante de un espejo grisáceo que lo deformaba—. El miércoles por la tarde, el *Southern Cross* llega a Meaux... Nuestras dos señoritas van a bordo... La noche transcurre alegremente, en compañía del coronel, de Willy, de Mary Lampson y de la Negretti... Muy tarde, llevan a Suzy y Lia al hotel y ellas se van en tren el jueves por la mañana... ¿Les dieron dinero?

—Quinientos francos, dicen.

—¿Conocieron al coronel en París?

—Unos días antes...

—¿Y qué pasó a bordo del yate?

Lucas esbozó una extraña sonrisa.

—Cosas no demasiado bonitas... El inglés, a lo que parece, no vive más que para el whisky y las mujeres... La señora Negretti es su amante...

—¿Su mujer lo sabía?

—¡Pues claro! Ella a su vez era la amante de Willy... Lo cual no les impedía llevarse a las Suzys y las Lias en el barco... ¿Comprende?... Y Vladímir, encima, bailaba con unas y otras... Al amanecer, hubo una pelea, porque Lia Lauwenstein decía que los quinientos francos no eran más que una limosna... El coronel ni siquiera les contestó, dejando que lo hiciera Willy... Todo el mundo estaba borracho... La Negretti dormía en el *roof* y Vladímir tuvo que llevarla en brazos al camarote.

De pie delante de la ventana, Maigret dejaba vagar su mirada por la línea negra del canal y podía ver a la izquierda el trenecito Decauville que seguía acarreando tierra y grava.

El cielo estaba gris, y más abajo había unos jirones de nubes negruzcas, pero no llovía.

—¿Y luego?

—Eso es todo más o menos... Parece ser que el viernes Mary Lampson fue a París y se reunió con nuestras dos amigas en La Coupole. Dicen que les dio el collar...

—¡Vaya! Un regalito sin importancia...

—¡Perdone! Con el encargo de venderlo y abonarle la mitad del dinero... Dijo que su marido no le daba dinero contante y sonante...

El empapelado del cuarto era de florecitas amarillas. La jarra de hierro esmaltado ponía una nota lívida.

Maigret vio al operario de la esclusa que llegaba deprisa en compañía del patrón de una gabarra y de su arriero para beber una copa de ron en la barra.

—¡Eso es todo lo que les he podido sacar! —terminó Lucas—. Las dejé a las dos de la madrugada y encargué al inspector Dufour que las vigilase discretamente. Luego, siguiendo sus instrucciones, me fui a la Prefectura a consultar los archivos... Encontré la ficha de Willy Marco, expulsado hace cuatro años de Mónaco por un asunto de juego un poco turbio, interrogado en Niza al año siguiente a raíz de una denuncia presentada por una estadounidense a la que le habían robado algunas joyas. Pero la denuncia fue retirada, no sé por qué, y Marco quedó en libertad. ¿Cree usted que fue él quien...?

—No tengo la menor idea. Y le juro que soy sincero al decir esto. No olvide que el crimen se cometió el domingo después de las diez de la noche, cuando el *Southern Cross* estaba amarrado en La Ferté-sous-Jouarre...

—¿Qué piensa del coronel?

Maigret se encogió de hombros y señaló a Vladímir que salía de la escotilla de proa y se dirigía hacia el Café de la Marine, en pantalón blanco, alpargatas y jersey, con una gorra americana ladeada.

—Preguntan por el señor Maigret al teléfono —gritó la chica pelirroja a través de la puerta.

—Baje conmigo, ¿quiere?

El aparato se hallaba en el pasillo, al lado de un perchero.

—¿Diga?... ¿Es Meaux?... ¿Dice usted que...? Sí, *La Providence*... ¿Estuvo cargando el jueves todo el día en Meaux?... Se fue el viernes a las tres de la mañana... ¿No hay ninguna más?... La *Eco III*... Es un barco cisterna, ¿no es cierto?... El viernes por la tarde en Meaux... Salió el sábado por la mañana... Gracias, comisario... Sí, pregunte por si acaso... ¡La misma dirección, sí!...

Lucas había escuchado esta conversación sin entender su sentido. Maigret no había tenido tiempo de abrir la boca para explicárselo cuando un agente en



bicicleta asomó por la puerta.

—Un mensaje de la Policía científica... ¡Es urgente!

El policía tenía manchas de barro hasta la cintura.

—Vaya usted a secarse y tómese un grog a mi salud...

Maigret se llevó al inspector al camino de sirga, abrió el pliego y leyó a media voz:

Resumen de los primeros análisis realizados en relación con el caso de Dizey: en los cabellos de la víctima se han encontrado numerosas trazas de resina así como pelos de caballo de color caoba.

Las manchas del vestido son de petróleo.

El estómago, en el momento del fallecimiento, contenía vino tinto y carne de buey en conserva similar a la que se encuentra en las tiendas con el nombre de *corned beef*.

—¡Ocho de cada diez caballos tienen pelos de color caoba! —suspiró Maigret.

En la cantina, Vladímir preguntaba por el lugar más cercano donde comprar provisiones y había tres personas informándole, incluido el agente ciclista de Épernay, que al final terminó yéndose hacia el puente de piedra en compañía del marinero.

Maigret, seguido por Lucas, se dirigió hacia la cuadra donde, desde la víspera por la tarde, además del caballo gris del dueño había una yegua (herida en la rodilla) a la que se decía que iban sacrificar.

—Seguro que no fue aquí donde se le pegó la resina... —observó el comisario.

Recorrió dos veces el camino desde el canal hasta la cuadra, rodeando los edificios.

—¿Vende usted resina? —preguntó al ver al propietario que empujaba una carretilla llena de patatas.

—No es exactamente resina... Nosotros lo llamamos alquitrán de Noruega... Se unta en las gabarras de madera por encima de la línea de

flotación... Más abajo, nos contentamos con el alquitrán de gas, que es veinte veces más barato...

—¿Tiene?

—Siempre hay unos veinte bidones en la tienda... Pero, con este tiempo, no lo vendemos... Los marineros esperan que haga sol para reparar el barco...

—¿El *Eco III* es de madera?

—De hierro, como la mayoría de los barcos a motor.

—Y *La Providence*...

—De madera... ¿Ha descubierto algo?

Maigret no contestó.

—¿Sabe lo que dicen? —continuó el hombre, que había abandonado la carretilla.

—¿Quiénes?

—La gente del canal, los marineros, los pilotos, los operarios de las esclusas. A un coche le costaría seguir el camino de sirga... ¡pero a una moto!... Y una moto puede venir de lejos sin dejar muchas más huellas que una bicicleta...

La puerta de la cabina del *Southern Cross* se abrió, pero aún no se veía a nadie.

Por un momento, hubo un punto en el cielo que se volvió amarillento, como si por fin el sol fuese a atravesar las nubes. Maigret y Lucas, silenciosos, iban arriba y abajo a lo largo del canal.

No habían transcurrido cinco minutos cuando el viento doblaba las cañas, y un minuto más tarde caía el chaparrón.

Maigret alargó la mano con un gesto maquinal. Con un gesto no menos maquinal, Lucas se sacó un paquete gris de tabaco del bolsillo y se lo tendió a su compañero.

Se detuvieron un momento delante de la esclusa, que estaba vacía y que ahora estaban preparando porque un remolcador invisible había silbado tres veces a lo lejos, lo cual significaba que traía tres barcos.

—¿Dónde cree usted que se encuentra a estas horas *La Providence*? —preguntó Maigret al operario de la esclusa.

—Espere... Mareuil... Condé... Hacia Aigny hay unas diez gabarras

seguidas que le harán perder tiempo... La esclusa de Vraux ya sólo tiene dos válvulas que funcionen... Pongamos que esté en Saint-Martin...

—¿Está lejos?

—Bah, sólo a treinta y dos kilómetros...

—¿Y la *Eco III*?

—Debería estar en La Chaussée... Pero uno que iba de bajada me dijo anoche que se le había roto la hélice en la esclusa 12... Por lo tanto la encontrará usted en Tours-sur-Marne, a quince kilómetros... ¡Es culpa suya!... Además, el reglamento prohíbe cargar doscientas ochenta toneladas como se empeñan en hacer todos...

Eran las diez de la mañana. Cuando Maigret se subió a la bicicleta que había alquilado, vio al coronel sentado en una *rocking-chair* en la cubierta del yate abriendo los periódicos de París que el cartero le acaba de traer.

—¡Nada en particular! —le dijo a Lucas—. Quédese por aquí... y no los pierda demasiado de vista...

El plumeado de la lluvia se iba espaciando. La carretera estaba a la derecha. En la tercera esclusa salió el sol, todavía un poco pálido, haciendo centellear las gotitas de agua sobre las cañas.

De vez en cuando, Maigret tenía que bajarse de la bicicleta para adelantar a los caballos de una gabarra que, emparejados, ocupaban todo el ancho del camino y avanzaban paso a paso, con un esfuerzo que hacía que se les marcaran todos los músculos.

Dos bestias eran conducidas por una niña de ocho o diez años con un vestido rojo, que llevaba su muñeca en brazos.

La mayor parte de los pueblos estaban bastante alejados del canal, lo cual hacía que aquella cinta de agua plana pareciera alargarse en una soledad absoluta.

Aquí y allá, un campo con hombres encorvados sobre la tierra oscura. Pero lo que había casi siempre eran bosques.

Y cañas de un metro y medio o dos metros de alto que acentuaban aún más la impresión de calma.

Una gabarra cargaba cal cerca de una cantera, en medio de una polvareda

que blanqueaba el casco y a los hombres atareados.

En la esclusa de Saint-Martin había un barco, pero todavía no era *La Providence*.

—¡Deben de estar comiendo en el embarcadero aguas arriba de Chálons! —anunció la mujer de la esclusa, que iba y venía de una compuerta a otra con dos mocosos pegados a sus faldas.

La frente de Maigret denotaba su obstinación. Hacia las once, se asombró de encontrarse en medio de un ambiente primaveral, en una atmósfera tibia y vibrante de sol.

Delante de él se perfilaba el canal recorriendo en línea recta una distancia de seis kilómetros, bordeado a ambos lados por bosques de abetos.

Al final se adivinaban las paredes claras de una esclusa por cuyas compuertas escapaban unas salpicaduras de agua.

A medio camino había una gabarra parada, un poco de través. Sus dos caballos desenganchados, con la cabeza metida en un saco, comían la avena resoplando.

¡Era la primera impresión alegre, o por lo menos apacible! No se veía ni una casa. Y los amplios reflejos, en el agua calma, vibraban suavemente.

El comisario dio unas pedaladas más y vio, en la popa de la gabarra, una mesa puesta bajo el toldo que protegía el timón. El hule era de cuadros azules y blancos. Una mujer con una cabellera rubia ponía una fuente humeante en el centro.

Bajó de la bicicleta tras leer, en el casco redondeado, barnizado y reluciente: *La Providence*.

Uno de los caballos lo miró largo rato, movió las orejas, soltó un extraño gruñido y siguió comiendo.

Entre la gabarra y la orilla sólo había un tablón estrecho y delgado que se dobló bajo el peso de Maigret. Dos hombres comían mientras seguían sus movimientos con la vista, y la mujer salió a su encuentro.

—¿Qué pasa? —preguntó abrochándose la blusa medio abierta que dejaba ver un pecho opulento.

Su acento era casi tan cantarín como el del Sur. No estaba nada nerviosa.

Esperaba. Parecía proteger a los dos hombres con su jovial corpulencia.

—Una información —dijo el comisario—. Sin duda sabe que se ha cometido un crimen en Dizey...

—Los del *Castor et Pollux* que nos han adelantado esta mañana nos lo han contado... ¿Es cierto? Parece imposible, ¿verdad?... ¿Cómo pudieron hacerlo?... ¡Y en el canal, donde estamos tan tranquilos!

Tenía las mejillas veteadas de cuperosis. Los dos hombres seguían comiendo sin quitarle ojo a Maigret. Éste, maquinalmente, echó una ojeada a la fuente llena de una carne negruzca cuyos efluvios sorprendieron su olfato.

—Un cabrito que compré esta mañana en la esclusa de Aigny... ¿Quería pedirnos información?... Nosotros, ¿verdad?, nos marchamos antes de que descubrieran el cadáver... Por cierto, esa pobre señora, ¿se sabe por fin quién es?

Uno de los dos hombres era bajo, de pelo moreno y con un bigote lacio. De toda su persona emanaba algo suave y dócil.

Era el marido. Se había contentado con saludar vagamente al intruso, dejando que fuera su mujer la que hablara.

El otro podía tener unos sesenta años. Sus cabellos, muy recios y mal cortados, eran blancos. Una barba de tres o cuatro centímetros le cubría el mentón y la mayor parte de las mejillas, lo que, junto a unas cejas muy pobladas, hacía que pareciese tan peludo como un animal.

Por contraste, sus ojos eran claros e inexpresivos.

—Me gustaría hacerle unas preguntas a su arriero...

La mujer se echó a reír.

—¿A Jean?... Le aviso de que no es muy hablador... ¡Es nuestro oso!... Mire cómo come... Pero también es el mejor arriero del mundo...

El tenedor del viejo se había inmovilizado. Miraba a Maigret con unas pupilas de una limpidez turbadora.

Algunos tontos de pueblo tienen esas miradas, y también ciertos animales acostumbrados a ser bien tratados y a los que de repente alguien maltrata.

Cierto alelamiento. Pero también otra cosa, inexpresable, como un replegarse en sí mismo.

—¿A qué hora se levantó para cuidar de los caballos?

—Como siempre...

Tenía unos hombros de una anchura tanto más asombrosa cuanto que era muy corto de piernas.

—¡Jean se levanta todas las mañanas a las dos y media! —intervino la patrona—. Puede mirar nuestras bestias... Cada día se las almohaza como a caballos de lujo... Y, por la noche, no le haría usted tomar ni un vaso de vino antes de haberlas cepillado...

—¿Duerme usted en la caballeriza?

Jean no parecía comprender. Fue de nuevo la mujer la que señaló una construcción más alta, en el centro de la embarcación.

—¡Ésta es la caballeriza! —dijo—. Siempre duerme allí. Nosotros tenemos nuestro camarote en la popa... ¿Quiere verlo?...

La cubierta estaba limpiísima y los metales más brillantes que los del *Southern Cross*. Y cuando la mujer abrió una doble puerta de pino bronco coronada por una escotilla de vidrios de colores, Maigret descubrió un saloncito enternecedor.

Había los mismos muebles de roble Enrique III que en las casas pequeñoburguesas más tradicionales. La mesa estaba cubierta por un tapete bordado con sedas de distintos colores y encima tenía unos jarrones, unas fotografías con sus marcos y una jardinera desbordante de plantas verdes.

También había bordados sobre el aparador. Los sillones estaban protegidos por fundas con ribete.

—Si Jean hubiese querido, le habríamos puesto una cama cerca de nosotros... Pero dice que sólo puede dormir en la caballeriza... Incluso tenemos miedo de que un día le den una coza... Aunque las bestias lo conocen, ¿verdad?... Cuando duermen...

Se había puesto a comer, como el ama de casa que prepara platillos para los demás y que escoge los peores trozos sin pensarlo siquiera...

Jean se había levantado y miraba ora sus caballos ora al comisario, mientras el patrón liaba un cigarrillo.

—¿Y no vio nada, no oyó nada? —preguntó Maigret, mirando fijamente al arriero.

Este último se volvió hacia la patrona que, con la boca llena, respondió:

—Ya puede pensar que, de haber visto algo, lo habría dicho.

—¡Ya llega la *Marie*!... —anunció su marido preocupado.

Desde hacía un momento, había en el aire trepidaciones de motor. Ahora se distinguía, detrás de *La Providence*, la forma de una gabarra.

Jean miró a la mujer, que a su vez miró a Maigret como dudando.

—Oiga —dijo por fin—, si tiene que hablar con Jean, ¿le importaría hacerlo por el camino?... La *Marie*, a pesar de su motor, va más despacio que nosotros... Si nos adelanta antes de la esclusa, estará dos días cerrándonos el paso...

Jean no había esperado a las dos últimas frases. Había retirado los sacos de avena de la cabeza de los caballos y los llevaba cien metros por delante de la gabarra.

El patrón cogió una trompeta de hojalata y lanzó unos sonidos temblorosos.

—¿Se queda usted a bordo?... Nosotros, como comprenderá, le diremos lo que sabemos... Todo el mundo nos conoce en los canales, desde Lieja hasta Lyon...

—Nos encontraremos en la esclusa —dijo Maigret cuya bicicleta se había quedado en tierra.

Quitaron la pasarela. Acababa de aparecer una silueta sobre las compuertas de la esclusa y ya las estaban abriendo. Los caballos se pusieron en marcha, haciendo sonar los cascabeles y balanceando el pompón rojo que llevaban en la cabeza.

Jean caminaba a su lado, lento, indiferente.

Y la gabarra con motor, doscientos metros atrás, ralentizaba la marcha al ver que llegaba demasiado tarde.

Maigret siguió, llevando el manillar de la bicicleta con una mano. Podía ver a la mujer que terminaba de comer deprisa y a su marido, muy bajito, delgadito, inconsistente, inclinado sobre la barra de un timón demasiado pesado para él.

## 4

### EL AMANTE

—¡Ya he almorzado! —anunció Maigret al entrar en el Café de la Marine, donde Lucas estaba sentado junto a una ventana.

—¿En Aigny? —preguntó el dueño de la cantina—. Mi cuñado es el que lleva la fonda...

—Sírvanos unas cervezas...

Era como un desafío. Apenas el comisario, deslomándose en su bicicleta, se acercaba a Dizy, el tiempo volvía a ponerse gris. Y ahora unas gotas de lluvia se dibujaban sobre el último rayo de sol.

El *Southern Cross* seguía en su sitio. En la cubierta no se veía a nadie. Y no llegaba ruido alguno de la esclusa, de manera que por primera vez Maigret tuvo la impresión de estar de verdad en el campo al oír piar a las gallinas en el patio.

—¿Nada? —le preguntó al inspector.

—El marinero ha vuelto con las provisiones. La mujer se ha asomado un instante, envuelta en una bata azul. El coronel y Willy han venido a tomar el aperitivo. Creo que me han mirado mal...

Maigret cogió el tabaco que su compañero le tendía y cargó la pipa mientras esperaba que el dueño que les había servido se fuera a la tienda.

—¡Nada tampoco por mi parte! —masculló entonces—. De los dos barcos que podrían haber traído a Mary Lampson, uno está averiado a quince kilómetros de aquí y el otro se arrastra por el canal a una velocidad de tres



kilómetros por hora... El primero es de hierro... Por lo tanto, imposible que al cadáver se le pegara allí la resina... El segundo es de madera... Los patrones de la gabarra se apellidan Canelle... Una mujer gorda que se ha empeñado en hacerme beber una copa de un ron espantoso, con un marido enclenque que va correteando a su alrededor como un perrito... La única posibilidad sería el arriero... O se hace el tonto, y entonces es un actor prodigioso, o es un bruto redomado... Hace ocho años que está con ellos... Si el marido es el spaniel, este Jean sería el bulldog... Se levanta a las dos y media de la madrugada, se ocupa de sus caballos, se bebe un bol de café y empieza a caminar al lado de las bestias... Se tira así treinta o cuarenta kilómetros cada día, al mismo paso, tomando un vaso de vino blanco en cada esclusa... Por la tarde, cepilla los animales, cena sin decir palabra y se deja caer sobre su camastro de paja, la mayor parte de las veces vestido... He visto sus papeles: una vieja cartilla militar de la que apenas se pueden volver las páginas de tan mugrientas como están a nombre de Jean Liberge, nacido en Lille en 1869. ¡Eso es todo!... ¡O mejor dicho, no!... Cabe admitir que *La Providence* embarcara a Mary Lampson el jueves por la tarde en Meaux... Pero entonces estaba viva... Todavía estaba viva cuando llegó aquí el domingo por la noche... Es materialmente imposible esconder a un ser humano en contra de su voluntad durante dos días en la caballeriza de un barco... Y entonces los tres serían culpables... —la mueca de Maigret significaba que no lo creía—. Y suponer que la víctima se embarcase por su propia voluntad... ¿Sabe lo que va a hacer, amigo? Preguntarle a sir Lampson el apellido de soltera de su mujer... Coja el teléfono y búsqueme información sobre ella...

Todavía quedaba algún que otro rayo de sol en dos o tres puntos del cielo, pero la lluvia caía con mayor intensidad cada vez. Mientras Lucas salía del Café de la Marine y se dirigía hacia el yate, Willy Marco bajaba del barco, vestido con traje y con la mirada perdida.

Decididamente era un rasgo común a todos los huéspedes del *Southern Cross* el sempiterno aspecto de no haber dormido lo suficiente o de haber digerido mal unas libaciones excesivamente copiosas.

Los dos hombres se cruzaron en el camino de sirga. Willy pareció dudar al ver al inspector subir a bordo, pero luego, encendiendo otro cigarrillo con

el que acababa de fumar, caminó derecho hacia la cantina.

Buscaba a Maigret y no intentaba disimularlo.

Se tocó distraídamente el sombrero con un dedo y, sin quitárselo, murmuró:

—Buenos días, comisario... ¿Ha dormido bien?... Quisiera decirle unas palabras...

—Le escucho...

—Aquí no, si no le importa... ¿Es posible subir a su habitación, por ejemplo?

No había perdido el desparpajo. Sus ojitos chispeaban y eran casi alegres, o maliciosos.

—¿Fuma?

—No, gracias...

—Olvidaba que usted fuma en pipa...

Maigret se decidió a llevarlo a su cuarto, que aún no estaba hecho. Enseguida, después de echar una mirada al yate, Willy se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Naturalmente, usted ya ha recogido información sobre mí...

Buscó un cenicero con los ojos, no lo encontró y tiró la ceniza al suelo.

—¿No es muy bonito, verdad?... Pero nunca me he hecho pasar por un santo... Y el coronel me repite tres veces al día que soy un sinvergüenza...

Lo extraordinario era la expresión de sinceridad de su cara. Maigret tuvo que admitir que su interlocutor, que al principio le había resultado antipático, ahora le parecía soportable.

Una mezcla extraña. Picardía, astucia. Pero al mismo tiempo una chispa que hacía perdonar todo lo demás, y también algo cómico que desarmaba.

—Sabrá que estudié en Eton, como el príncipe de Gales... Si fuéramos de la misma edad, tal vez seríamos buenos amigos... Pero ocurre que mi padre se dedica al comercio de higos en Esmirna... ¡Y a mí eso me horroriza!... Pasaron cosas... La madre de uno de mis compañeros de Eton, a decir verdad, me sacó de apuros una temporada... Se preguntará por qué no le digo su nombre, ¿no es cierto?... Era una mujer deliciosa... Pero a su marido lo hicieron ministro y ella temía comprometerlo... Después... Seguro que le han hablado de Mónaco, y luego de lo de Niza... La verdad quizá no sea tan

fea... Un buen consejo: jamás se crea lo que cuenta una estadounidense de mediana edad que se pasa la vida correteando por la Riviera y cuyo marido llega de Chicago sin avisar... Las joyas robadas no siempre son robadas... ¡Dejémoslo!... Vamos con el collar... Tal vez ya lo sabe, o no lo sabe aún... Hubiera querido contárselo anoche pero, dada la situación, quizá no habría sido muy correcto... El coronel a pesar de todo es un *gentleman*... Le gusta demasiado el whisky, de acuerdo... Pero tiene excusas... Tendría que haber llegado a general y era uno de los hombres más admirados en Lima cuando, por un asunto de faldas (se trataba de la hija de un alto personaje indígena), lo obligaron a retirarse... Usted lo ha visto... Un hombre magnífico, con una vitalidad formidable... Allí tenía treinta *boys*, ordenanzas, secretarios, no sé cuántos coches y caballos a su disposición... Y de repente, nada: algo así como unos cien mil francos al año... ¿Ya le he dicho que estuvo casado dos veces antes de conocer a Mary?... Su primera mujer murió en la India... La segunda vez, se divorció asumiendo él todas las culpas tras sorprender a su compañera con un *boy*... ¡Un verdadero *gentleman*!...

Y Willy, recostado en la cama, balanceaba la pierna con una cadencia blanda mientras Maigret, con la pipa entre los dientes, permanecía inmóvil, apoyado contra la pared.

—¡Así fue!... Ahora pasa el tiempo como puede... En Porquerolles, vive en su viejo fuerte, al que llaman el Petit Langoustier... Cuando ha ahorrado lo suficiente se va a París o a Londres... Pero piense que en la India daba todas las semanas cenas de treinta o cuarenta cubiertos...

—¿Es del coronel de quien quería hablarme? —murmuró Maigret. Willy no se inmutó.

—A decir verdad, trato de ponerlo en el ambiente... Como usted nunca ha vivido en la India, ni en Londres, y no ha tenido treinta *boys* y no sé cuántas chicas guapas a su disposición... No pretendo ofenderlo... En resumen, lo conocí hace dos años... Usted no conoció a Mary viva... Era una mujer deliciosa, pero con una sesera de pajarito... Un poco chillona... Si no estábamos constantemente pendientes de ella, le daba un ataque de nervios o provocaba un escándalo... A propósito, ¿sabe usted qué edad tiene el coronel?... Setenta y ocho años... Ella lo cansaba, ¿comprende?... La verdad es que ella le toleraba las fantasías, ¡porque todavía las tiene!, pero era un

poco cargante... Se encaprichó conmigo... A mí me gustaba...

—Supongo que la señora Negretti es la amante de sir Lampson.

—¡Sí! —admitió el joven con un gesto de disgusto—. No sé cómo explicárselo... Él no puede vivir ni beber solo... Necesita gente a su alrededor... La conocimos en una escala que hicimos en Bandol... A la mañana siguiente no se marchó... ¡Para él, con eso basta!... Se quedará todo el tiempo que quiera... Conmigo es distinto... Soy uno de los pocos hombres que aguanta el whisky tan bien como el coronel... Aparte quizá de Vladímir, a quien ya ha visto y que nueve de cada diez veces nos mete en nuestras literas... No sé si se imagina exactamente mi situación... Claro que no tengo que preocuparme de lo material... ¡Aunque a veces tengamos que quedarnos quince días en un puerto esperando un cheque de Londres para comprar gasolina! ¡Mire! El collar del que le hablaré dentro de un momento lo empeñamos veinte veces... ¡No importa! Casi nunca falta el whisky... No es una vida fastuosa... Pero duermes todo lo que quieres... Vas... Vienes... Por mi parte, prefiero eso que los higos de mi padre... Al principio, el coronel le regaló algunas joyas a su mujer... Ella de vez en cuando le pedía dinero... Para vestirse y tener algún franco en el bolsillo, ¿comprende?... A pesar de lo que usted pueda pensar, le juro que para mí ayer fue un golpe enterarme de que era ella, en esa foto espantosa... ¡Para el coronel también, por cierto!... Pero se dejaría cortar en pedazos antes de demostrarlo... ¡Es su estilo!... ¡Muy inglés! Cuando abandonamos París la semana pasada (¿estamos a martes, verdad?) no quedaba mucho en la caja... El coronel telegrafió a Londres para pedir un anticipo sobre su pensión... Lo esperábamos en Épernay... A lo mejor a estas horas el giro ya ha llegado... Pero yo en París había dejado algunas deudas... Ya le había preguntado dos o tres veces a Mary por qué no vendía el collar... Habría podido decirle a su marido que lo había perdido, o que se lo habían robado... El jueves por la noche hubo esa fiesta que usted ya sabe... Sobre todo, no vaya a imaginarse locuras... Lampson, en cuanto ve a mujeres bonitas, no puede evitar invitarlas a bordo... Luego, al cabo de dos horas, cuando ya está borracho, me encarga que las eche procurando gastar lo menos posible... El jueves, Mary se levantó mucho más pronto de lo que acostumbraba y, cuando salimos de nuestras literas, ella ya se había marchado... Después de comer, nos

quedamos solos un momento, ella y yo... Se mostró muy cariñosa... Con un cariño especial, bastante triste... En un determinado momento, me puso el collar en la mano y me dijo: «No tienes más que...». ¡Si no me cree, peor para usted!... Me sentí un poco violento y a la vez enternecido... Si la hubiese conocido, lo comprendería... Es cierto que a veces podía ser muy desagradable, pero en otros momentos era conmovedora... Tenía cuarenta años, ¿sabe usted?... Se defendía... Pero debía de intuir que era el final... Entró alguien... Yo me metí el collar en el bolsillo... Por la noche, el coronel nos arrastró al *dancing* y Mary se quedó sola a bordo... Cuando volvimos ya no estaba... Lampson no se preocupó, porque no era la primera vez que se fugaba... ¡Pero no era la clase de fuga que usted se imagina!... Una vez, por ejemplo, durante las fiestas de Porquerolles, hubo en el Petit Langoustier una pequeña orgía que duró casi una semana... Los primeros días, Mary era la más lanzada... El tercer día, desapareció... ¿Y sabe dónde la encontramos? En una fonda de Giens, donde se pasaba el día jugando a hacer de mamá de dos mocosos sucios... El tema del collar me tenía preocupado... El viernes fui a París... Estuve a punto de venderlo... Luego me dije que si algo salía mal podía meterme en un lío... Me acordé de las dos muchachas del día anterior... De esas chiquillas consigues lo que quieras... Además, yo ya conocía a Lia de Niza y sabía que podía confiar en ella... Le di la joya... Por si acaso le recomendé que, si le preguntaban, dijese que Mary le había entregado el collar para venderlo... Así de sencillo... ¡Es una tontería!... Más me habría valido no hacer nada... Pero si no caigo en manos de unos policías inteligentes, esta historia me puede costar una acusación de asesinato... Lo comprendí ayer cuando supe que Mary había sido estrangulada... No le pregunto qué piensa... Para ser franco, le diré que hasta no descarto que me detengan... Será un error, sencillamente... Ahora, si quiere que le ayude, estoy dispuesto a echarle una mano... Hay cosas que pueden parecerle raras y que en el fondo son muy simples...

Estaba casi echado en la cama y seguía fumando, mirando al techo.

Maigret se puso de cara a la ventana para disimular su incomodidad.

—¿El coronel está al corriente de esta entrevista? —preguntó, volviéndose de repente.

—No. Ni tampoco del asunto del collar... E incluso... No tengo nada que

reclamar, eso está claro... Pero preferiría que siguiera ignorándolo...

—¿Y la señora Negretti?

—¡Un peso muerto! Una mujer guapa incapaz de vivir de otra forma que no sea echada en un sofá, fumando cigarrillos y bebiendo licores dulces... Desde el día en que llegó a bordo, allí se quedó... ¡Perdón! ¡Juega a las cartas!... Me parece que es su única pasión...

Unos chirridos de hierro oxidado anunciaron que estaban abriendo las compuertas de la esclusa. Pasaron dos mulas por delante de la casa, se pararon un poco más allá, mientras una gabarra vacía continuaba deslizándose con el motor parado, como si quisiera escalar la escarpa de la orilla.

Vladimir, con el cuerpo doblado, achicaba el agua de la lluvia que amenazaba con llenar el bote.

Un coche cruzó el puente de piedra, quiso meterse en el camino de sirga, frenó, esbozó unas maniobras torpes y acabó parándose definitivamente.

Salió un hombre vestido de negro. Willy, que se había levantado, miró por la ventana y anunció:

—Las pompas fúnebres...

—¿Cuándo piensa zarpar el coronel?

—Justo después del entierro...

—¿Que se celebrará aquí?

—¡Da igual! Ya tiene una mujer enterrada cerca de Lima, otra que se ha vuelto a casar con un neoyorquino y que morirá en Estados Unidos...

Maigret lo miró sin querer, como para ver si bromeaba. Pero Willy Marco estaba serio, aunque con esa llamita equívoca en las pupilas.

—¡Esperemos que haya llegado el giro!... Si no, el entierro tendrá que esperar...

El hombre de negro vaciló delante del yate, se dirigió a Vladimir que le contestó sin interrumpir su trabajo y finalmente subió a bordo y desapareció dentro de la cabina.

Maigret no había vuelto a ver a Lucas.

—¡Váyase! —le dijo a su interlocutor.

Willy vaciló. Por un momento, pasó una sombra de inquietud por sus facciones.

—¿Le hablará usted del collar?

—No lo sé...

Ya había terminado. Recuperando su desparpajo, Willy acomodó su sombrero de fieltro, se despidió haciendo un gesto con la mano y bajó las escaleras.

Cuando Maigret bajó a su vez, había dos marineros en la barra delante de una botella de cerveza.

—Su amigo está al teléfono... —le dijo el dueño—. Ha pedido Moulins...

Un remolcador silbaba a lo lejos y maquinalmente Maigret contó los silbidos y masculló para sus adentros:

—Cinco...

Era la vida del canal. Llegaban cinco barcasas. El operario de la esclusa con sus zuecos salía de casa y se encaminaba hacia las válvulas.

Lucas volvió del teléfono con la cara roja.

—¡Uf!... Ha sido duro...

—¿Qué pasa?

—El coronel me ha dicho que su mujer de soltera se llamaba Marie Dupin... Para la boda, presentó una partida de nacimiento con ese nombre expedida en Moulins... Acabo de telefonar allí, reclamando prioridad...

—¿Y bien?

—Hay una sola Marie Dupin inscrita en el registro. Tiene cuarenta y dos años, tres hijos y es la mujer de un tal Piedboeuf, panadero en la rue Haute... El secretario del ayuntamiento que me ha respondido dice que la vio ayer mismo detrás del mostrador y parece que pesa unos noventa kilos...

Maigret no dijo nada. Como un rentista ocioso, se dirigió hacia la esclusa, sin preocuparse por su compañero, siguió con la vista todas las maniobras, pero dando a cada instante unos golpecitos rabiosos con el pulgar a la pipa.

Un poco más tarde, Vladímir se acercaba al operario y, tras llevarse la mano la gorra blanca, le preguntaba dónde podía llenar su tanque de agua potable.

## 5

### LA INSIGNIA DEL YCF

Maigret se había acostado pronto, mientras el inspector Lucas, a quien había dado instrucciones, se iba a Meaux, París y Moulins.

En el momento de abandonar la cantina, había tres clientes, dos marineros y la mujer de uno de ellos que vino a reunirse con su marido y hacía calceta en un rincón.

El ambiente era pesado y triste. Fuera, una gabarra se había instalado a menos de dos metros del *Southern Cross*, que tenía todos los ojos de buey encendidos.

Pero bruscamente algo sacó al comisario de un sueño tan vago que al abrir los ojos ya lo había olvidado. Llamaban a la puerta con unos golpes precipitados y una voz desesperada gritaba:

—¡Comisario!... ¡Comisario!... ¡Rápido!... ¡Mi padre!...

Corrió a abrir en pijama, y vio a la hija del dueño de la fonda que se le echó encima con un nerviosismo inesperado, refugiándose literalmente en sus brazos.

—¡Allí!... Dese prisa... ¡No! No se mueva... No me atrevo a quedarme sola... No quiero... Tengo miedo...

Nunca se había fijado mucho en ella. La había considerado como una muchacha fuerte, más bien gorda, apática.

Y hete aquí que ahora se aferraba a él con la cara desencajada, el cuerpo trémulo y una insistencia embarazosa. Tratando de desprenderse de la



muchacha, se encaminó hacia la ventana y la abrió.

Debían de ser las seis de la mañana. Apenas despuntaba el día, frío como un amanecer de invierno.

A cien metros del *Southern Cross*, en la dirección al puente de piedra y la carretera de Épernay, cuatro o cinco hombres trataban de agarrar algo que flotaba sobre el agua con la ayuda de un pesado bichero de gabarra, mientras un marinero desenganchaba su bote y empezaba a cinglar.

Maigret llevaba un pijama completamente arrugado. Se echó el abrigo por los hombros, buscó sus botines y se los puso sin calcetines.

—¡Es él, sabe usted!... Lo han...

Con un movimiento brusco, se liberó del abrazo de la extraña muchacha, bajó la escalera y salió justo en el momento en que una mujer con un bebé en brazos avanzaba hacia el grupo.

No había asistido al descubrimiento del cuerpo de Mary Lampson. Pero este descubrimiento de ahora era quizá más siniestro, pues por el hecho de esta repetición de crímenes, una angustia casi mística flotaba sobre aquel tramo del canal.

Los hombres se interpelaban. El dueño del Café de la Marine, que había sido el primero en ver una forma humana flotando en el agua, dirigía las maniobras.

Por dos veces el bichero había alcanzado el cadáver. Pero el gancho resbaló. El cuerpo se hundió unos centímetros y luego subió de nuevo a la superficie.

Maigret ya había reconocido el traje oscuro de Willy. No se le podía ver la cara ya que la cabeza, más pesada, quedaba sumergida.

El marinero del bote chocó contra ella de pronto, agarró al muerto por el pecho, con una sola mano, y lo levantó. Pero había que pasarlo por encima de la borda de la barca.

El hombre no sentía repugnancia. Levantó las piernas una tras otra, lanzó la amarra a tierra y se secó con el dorso de la mano la frente empapada.

Maigret vio por un momento la cara adormilada de Vladímir asomando por la escotilla del yate. El ruso se frotaba los ojos. Luego desapareció.

—No toquen nada...

Detrás de él, un marinero protestó, murmurando que su cuñado, en

Alsacia, había vuelto a la vida después de estar casi tres horas bajo el agua.

El dueño de la cantina, por su parte, señalaba el cuello del cadáver. No dejaba lugar a dudas: unas marcas de dedos, completamente negras, como en el cuello de Mary Lampson.

Aquella tragedia fue la más impresionante. Willy tenía los ojos abiertos, mucho más grandes incluso que de costumbre. Su mano derecha crispada oprimía un puñado de cañas.

Maigret tuvo la sensación de una presencia insólita detrás de él, se dio la vuelta y vio al coronel, también en pijama, con un batín de seda por encima y los pies en unas chinelas azules de cabritilla.

Tenía los cabellos plateados despeinados y la cara un poco abotargada. Y resultaba extraño verlo así, con aquel atuendo, entre los marineros con zuecos y vestidos de lana gruesa, en medio del barro y la humedad del amanecer.

Era el más alto, el más ancho. Emanaba de él un vago perfume de agua de colonia.

—¡Es Willy!... —articuló con voz ronca.

Luego dijo unas palabras en inglés, demasiado deprisa como para que Maigret pudiera entenderlas, se inclinó y tocó la cara del joven.

La muchacha que había despertado al comisario sollozaba, apoyada en la puerta de la cantina. El operario de la esclusa acudía presuroso.

—Llamen a la policía de Épernay... Y a un médico...

La propia Negretti se asomó, desaliñada, descalza, pero sin atreverse a abandonar la cubierta del yate, y llamó al coronel:

—¡Walter!... ¡Walter!...

En un segundo plano había gente a la que nadie había visto llegar, el conductor del trenecito, unos cavadores, un campesino cuya vaca seguía sola por el camino de sirga.

—Que lo lleven a la cantina... Y que lo toquen lo menos posible...

No cabía duda de que estaba muerto. El elegante traje que ya no era más que un harapo, se arrastró por el suelo mientras levantaban el cuerpo.

El coronel siguió el cortejo a pasos lentos y su batín, sus chinelas azules, su cráneo rubicundo con cuatro cabellos largos que el viento levantaba lo hacían parecer a la vez estrafalario y hierático.

La muchacha sollozó más fuerte cuando el cadáver pasó cerca de ella y

corrió a encerrarse en la cocina. El dueño chillaba en la trompetilla del teléfono:

—¡No, no, señorita!... ¡Con la policía!... ¡Rápido!... Es un crimen... No cuelgue... ¡Oiga!... ¡Oiga!...

Maigret impidió que el grueso de los curiosos entrase. Pero los marineros que habían descubierto el cadáver y ayudado a sacarlo del agua se encontraron todos en la cantina donde las mesas aún estaban llenas de vasos y botellas vacías del día anterior. La estufa roncaba. En medio del paso había una escoba.

Detrás de una ventana, el comisario vio la silueta de Vladímir, que había tenido tiempo de ponerse la gorra de marino americano. Los patrones de las gabarras le hablaban, pero él no contestaba.

El coronel seguía mirando el cadáver tendido sobre las baldosas rojizas del suelo y era difícil saber si estaba conmovido, contrariado o asustado.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Maigret acercándose.

Sir Lampson suspiró y pareció buscar a su alrededor al hombre a quien normalmente le encargaba que contestase por él.

—Es muy terrible... —articuló por fin.

—¿No durmió a bordo?

Con un gesto de la mano, el inglés señaló a los marineros que les escuchaban. Y era como una instigación a la decencia. Significaba: «Cree usted que es necesario y decoroso que esa gente...».

Maigret los hizo salir.

—Eran las diez, anoche... Ya no quedaba whisky a bordo... Vladímir no había encontrado en Dizy... Yo quise ir a Épernay...

—¿Willy le acompañó?

—Un trecho nada más... Poco después del puente, se fue...

—¿Por qué?

—Tuvimos unas palabras...

Y mientras el coronel decía esto, con la mirada fija en el rostro desencajado, lívido y torcido del muerto, sus rasgos se contrajeron.

¿Sería el haber dormido poco y sus carnes abotargadas lo que lo hacía parecer más emocionado? En cualquier caso, Maigret habría jurado que detrás de sus gruesos párpados había lágrimas.

—¿Se pelearon?

El coronel se encogió de hombros, como para resignarse a ese término vulgar y brutal.

—¿Le reprochaba usted algo?...

—¡No! Quería saber... Le repetía: «Willy, es usted un sinvergüenza... Pero debe decirme...».

Calló, apesadumbrado, y miró a su alrededor para no dejarse hipnotizar por el muerto.

—¿Lo acusaba usted del asesinato de su mujer?...

Se encogió de hombros y suspiró:

—Se fue, solo... Había ocurrido otras veces... Al día siguiente, bebíamos el primer whisky juntos como si nada...

—¿Fue usted a pie hasta Épernay?

—Yes!

—¿Bebió?

El coronel posó en su interlocutor una mirada de compasión.

—También jugué, en el club... En La Bécasse me dijeron que había un club... Volví en coche...

—¿A qué hora?

Con un gesto de la mano dio a entender que no lo sabía.

—¿Willy no estaba en su litera?

—No... Vladímir me dijo, al desvestirme...

Una moto con un sidecar se paró delante de la puerta. Bajó un brigadier, seguido por un médico. La puerta se abrió y se volvió a cerrar.

—¡Policía judicial! —dijo Maigret presentándose a su colega de Épernay—. Quiere por favor mantener a la gente a distancia, telefonar a la Fiscalía...

El médico sólo necesitó un breve examen para declarar:

—Estaba muerto en el momento de la inmersión... Mire estas marcas...

Maigret ya las había visto. Lo sabía. Maquinalmente, observó la mano derecha del coronel, que era musculosa, con unas uñas cuadradas y unas venas prominentes.

Haría falta al menos una hora para reunir a la Fiscalía y llevarla al lugar de los hechos. Llegaron unos agentes ciclistas y formaron un cordón alrededor del Café de la Marine y del *Southern Cross*.

—¿Puedo vestirme? —preguntó el coronel.

Y a pesar de su batín, sus chinelas y sus tobillos desnudos, mostró una dignidad asombrosa al atravesar las filas de curiosos. Apenas entró en la cabina, sacó la cabeza y llamó:

—¡Vladimir!...

Y todas las escotillas del yate se cerraron.

Maigret interrogaba al operario de la esclusa, a quien un barco de motor llamaba desde las puertas.

—Supongo que en un canal no hay corrientes. Por lo tanto un cuerpo debe de permanecer en el lugar donde lo han arrojado...

—En los tramos largos, de diez o quince kilómetros, es así... Pero este tramo no llega a cinco... Si un barco baja la esclusa 13, que está por encima de la mía, yo noto la llegada del agua unos minutos más tarde... Si yo hago pasar un barco que baja, saco unos metros cúbicos de agua del canal y eso crea una corriente momentánea...

—¿A qué hora empieza usted a trabajar?

—En teoría, cuando sale el sol... En realidad, mucho más pronto... Los barcos con caballeriza, que van despacio, salen hacia las tres de la madrugada y normalmente manejan la esclusa ellos mismos sin que los oigamos... Los dejamos hacer porque los conocemos...

—¿O sea que esta mañana...?

—El *Frédéric*, que pernoctó aquí, debió de salir hacia las tres y media, ha debido de pasar por la esclusa de Ay a eso de las cinco...

Maigret dio media vuelta. Frente al Café de la Marine y en el camino de sirga se habían formado algunos grupos. Cuando pasó el comisario, que se dirigía hacia el puente de piedra, un viejo piloto con la nariz llena de granos se le acercó.

—¿Quiere que le muestre el sitio donde arrojaron al joven al agua?

Y miró orgulloso a sus compañeros que no se decidían a encaminarse en

la misma dirección.

Tenía razón. A cincuenta metros del puente de piedra, las cañas estaban aplastadas varios metros. No sólo las habían pisado, sino que habían arrastrado un cuerpo pesado por el suelo, pues el rastro era ancho y las cañas estaban chafadas.

—¿Lo ve?... Yo vivo a quinientos metros, en una de las primeras casas de Dizy... Al llegar esta mañana, para ver si bajaba algún barco por el Marne y si me necesitaban, me llamó la atención... Sobre todo porque encontré esto en el camino...

El hombre era pesado, con sus muecas maliciosas y las miradas que seguía lanzando a sus compañeros, que los seguían a cierta distancia.

Pero el objeto que se sacó del bolsillo era interesantísimo. Se trataba de una insignia de esmalte finamente trabajada que llevaba, además de un ancla, las iniciales YCF.

—¡Yacht Club de Francia! —tradujo el piloto—. Todos lo llevan en la solapa...

Maigret se volvió hacia el yate, que se veía a dos kilómetros aproximadamente, y debajo de las palabras *Southern Cross* descubrió las mismas letras: YCF.

Desentendiéndose de su compañero, que le había entregado la insignia, caminó despacio hasta el puente. A la derecha, se extendía la carretera de Épernay, recta, reluciente aún por las lluvias de la víspera, y pasaban los coches en tromba.

A la izquierda, el camino formaba un recodo en el pueblo de Dizy. Más allá, en el canal, había algunas gabarras en reparación frente a unos astilleros de la Compañía General de Navegación.

Maigret volvió sobre sus pasos, un poco febril, porque la Fiscalía estaba a punto de llegar y durante una hora o dos se produciría la avalancha habitual, las preguntas, las idas y venidas, y las hipótesis más extravagantes.

Cuando llegó a la altura del yate, éste seguía cerrado. Un agente de uniforme iba arriba y abajo a cierta distancia, rogando a los curiosos que circularan, pero sin poder impedir que dos periodistas de Épernay tomaran fotos.

El tiempo no era ni bueno ni malo. Una grisalla luminosa y uniforme

como un techo de vidrio esmerilado.

Maigret cruzó la pasarela y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la voz del coronel.

Entró. No tenía ganas de parlamentar. Vio a la Negretti, tan desaliñada como siempre, con los cabellos sobre las mejillas y la nuca, secándose las lágrimas y los mocos.

Sir Lampson, sentado en la banqueta, tendía los pies a Vladímir, que se los estaba calzando con unos zapatos color caoba.

En alguna parte debía de estar hirviendo el agua sobre un fogón porque se oía un chorro de vapor.

Las dos literas del coronel y de Gloria todavía no estaban hechas. Y había unos naipes tirados sobre la mesa, así como un mapa de las vías navegables de Francia.

Siempre ese olor sordo y especiado, que recordaba al de un bar, un *boudoir* y una alcoba. Del perchero colgaba una gorra blanca de capitán de yate y al lado una fusta con mango de marfil.

—¿Willy era socio del Yacht Club de Francia? —preguntó Maigret con una voz que intentó que fuera neutra.

El encogimiento de hombros del coronel le hizo comprender que la pregunta era ridícula. Y lo era, pues el YCF es uno de los clubs más exclusivos.

—¡Yo! —dejó caer sir Lampson—. Y también del Royal Yacht Club de Inglaterra...

—¿Quiere mostrarme la chaqueta que llevaba anoche?

—Vladímir...

Ya estaba calzado. Se levantó y se inclinó hacia un armarito que usaban como mueble bar. No se veía en él ni una botella de whisky. Pero había otros licores, entre los cuales dudó.

Finalmente sacó una botella de coñac y murmuró sin insistir:

—¿Quiere?

—No, gracias...

Llenó un vaso de plata que estaba en un estante encima de la mesa, buscó un sifón y pestañeó como un hombre al que han alterado todas sus costumbres y está incómodo.

Vladimir volvió del baño con un traje de cheviot negro, y su amo le ordenó con un gesto que se lo entregase a Maigret.

—¿La insignia del YCF solía estar en este traje?

—Yes... ¿Aún no ha terminado?... ¿Willy sigue allá, en el suelo?...

Había vaciado su vaso, de pie, a sorbitos, y no se decidía a servirse otro.

Miró por el ojo de buey, vio muchas piernas y soltó un gruñido indescifrable.

—¿Quiere escucharme un momento, coronel?

Hizo un gesto que significaba que estaba escuchando. Maigret se sacó el botón de esmalte del bolsillo.

—Lo encontraron esta mañana en el sitio donde el cuerpo de Willy fue arrastrado por las cañas antes de echarlo al canal...

La Negretti ahogó un grito, se echó en la banqueta de terciopelo granate y, con la cabeza entre las manos, empezó a sollozar convulsivamente.

Vladimir, por su parte, no se movió. Esperaba que le devolvieran la chaqueta para colgarla de nuevo en su sitio.

El coronel soltó una risa extraña y repitió cuatro o cinco veces:

—Yes!... Yes!...

Y, al mismo tiempo, se iba sirviendo el licor.

—En mi país, la policía interroga de otra manera... Debe recordar que todas las palabras podrán usarse contra el que las pronuncia... Quiero decir una vez... ¿No tiene usted que escribir?... No repetiré todo el tiempo... Intercambiábamos palabras, con Willy... Yo preguntaba... No importa... No es un sinvergüenza como todos los sinvergüenzas... Hay simpáticos sinvergüenzas... Dije palabras demasiado duras y él cogió mi chaqueta por aquí...

Mostraba las solapas y lanzaba una mirada impaciente a los pies calzados con zuecos o con pesados zapatones que seguía viendo por los ojos de buey.

—Eso es todo... Yo no sé... El botón tal vez se cayó... Fue al otro lado del puente...

—Y sin embargo encontraron la insignia en este lado...

Vladimir ni siquiera parecía escuchar. Iba retirando los objetos esparcidos, se iba hacia la proa y luego volvía sin apresurarse.

Con un acento ruso muy marcado le preguntó a Gloria, que ya no lloraba



pero que permanecía inmóvil, acostada, y con la cabeza entre las manos:

—¿Quiere algo?

Retumbaron pasos sobre la pasarela. Llamaron a la puerta y la voz del brigadier dijo:

—¿Está usted ahí, comisario?... Es la Fiscalía...

—¡Ya voy!...

El brigadier no se movía, invisible detrás de la puerta de caoba con manijas de cobre.

—Una pregunta más, coronel... ¿Cuándo es el entierro?...

—A las tres...

—¿Hoy?

—¡Yes!... No tenía nada que hacer aquí...

Cuando se hubo bebido su tercer coñac tres estrellas, mostró unos ojos más turbios, esos que Maigret ya había visto.

Y, flemático, indiferente, como un auténtico gran señor, preguntó cuando el comisario se disponía a salir:

—¿Soy prisionero?...

Al oírlo, la Negretti levantó la cabeza, muy pálida.

## 6

### LA GORRA AMERICANA

El final de la entrevista entre el juez y el coronel fue casi solemne y Maigret, que se mantenía apartado, no fue el único en darse cuenta. La mirada del comisario se encontró con la del sustituto del fiscal general y leyó en ella el mismo sentimiento.

La Fiscalía se había reunido en la sala del Café de la Marine. Una de las puertas daba a la cocina, donde se adivinaba el entrecocar de las cazuelas. La otra puerta, acristalada, cubierta de anuncios transparentes de limpiametales y de jabón mineral, permitía entrever los sacos y las cajas de la tienda.

Por delante de la ventana pasaba una y otra vez el quepis de un agente, y los curiosos estaban agolpados más lejos, silenciosos pero obstinados.

Una botella que aún contenía un poco de líquido había quedado sobre una de las mesas, cerca de un charco de vino.

El secretario escribía, sentado en un banco sin respaldo, con cara de pocos amigos.

En cuanto al cadáver, una vez hechas las comprobaciones, lo habían depositado en el rincón más alejado de la estufa y lo habían cubierto momentáneamente con un hule marrón que habían quitado de una mesa de la que ahora se veían los tablones separados.

El olor persistía: especias, cuadra, alquitrán, vino peleón.

Y el juez, que pasaba por ser uno de los magistrados más antipáticos de

Épernay —un Clairfontaine de Lagny, orgulloso de sus apellidos—, limpiaba su monóculo, de espaldas al fuego.

Desde el principio, dijo en inglés:

—Supongo que prefiere emplear su idioma...

Él mismo lo hablaba correctamente, tal vez con una pizca de afectación, una torsión de la boca frecuente en los que quieren en vano adoptar el acento de otra lengua.

Sir Lampson se había inclinado y había respondido despacio a todas las preguntas, mirando al secretario que escribía y esperando de vez en cuando a que éste terminase para continuar.

Había repetido, sin más, lo que le había dicho a Maigret en sus dos entrevistas.

Para la ocasión, se había puesto un traje cruzado azul marino de corte casi militar con una sola condecoración en el ojal de la solapa: la de la Orden del Mérito.

En la mano sostenía una gorra que llevaba un gran escudo dorado con el blasón del Yacht Club de Francia.

El procedimiento era muy sencillo. Un hombre que preguntaba y otro que se inclinaba imperceptiblemente cada vez antes de contestar.

Eso no impedía que Maigret lo admirase, al tiempo que sentía cierta humillación al recordar sus propias intrusiones a bordo del *Southern Cross*.

No tenía suficiente dominio del inglés como para captar todos los matices, pero al menos comprendió el sentido de las últimas frases.

—Le pediré, sir Lampson —decía el juez—, que se mantenga a mi disposición hasta que los dos casos se hayan esclarecido. Además, me veo obligado a denegar, por el momento, el permiso para la inhumación de lady Lampson...

Una inclinación de cabeza.

—¿Tengo autorización para abandonar Dizy en mi barco?

Y el coronel señaló con un gesto a los curiosos agolpados fuera, todo aquel ambiente, incluso el cielo.

—Mi casa está en Porquerolles... Llegar al río Saona me lleva toda una semana...

Ahora fue el juez quien se inclinó.

No se estrecharon la mano, pero faltó poco. El coronel miró a su alrededor y pareció no ver al médico que se mostraba contrariado ni a Maigret que giró la cabeza y saludó al sustituto.

Al cabo de un instante recorría el corto espacio que separaba el Café de la Marine del *Southern Cross*.

Ni siquiera entró en la cabina. Vladímir estaba en la cubierta. Le dio órdenes y se sentó al timón.

Y los de las gabarras vieron con estupor cómo el marinero con su jersey a rayas bajaba a la cabina del motor, lo ponía en marcha y hacía saltar, desde cubierta y con un gesto preciso, las amarras de sus norays.

Al cabo de un rato, un grupito se alejaba gesticulando hacia la carretera donde esperaban los coches: era la Fiscalía.

Maigret se quedó solo en la orilla. Por fin había podido llenar la pipa y se metió las manos en los bolsillos con un gesto plebeyo, más plebeyo que de costumbre, mascullando:

—¿Vaya por Dios!

¿Acaso no había que volver a empezar desde el principio?

De las operaciones de la Fiscalía sólo se deducían algunas pistas cuya importancia aún no era posible advertir.

Primero, el cuerpo de Willy Marco presentaba, además de las marcas de estrangulación, unas heridas en las muñecas y en el torso. Según el médico, había que descartar la idea de que le hubiesen tendido una trampa y admitir la tesis de un combate con un adversario de una fuerza excepcional.

Por otra parte, sir Lampson había declarado que conoció a su mujer en Niza donde, aunque estaba divorciada de un italiano llamado Ceccaldi, aún llevaba su apellido.

El coronel no había sido preciso. Sus frases voluntariamente ambiguas daban a entender que en esa época Marie Dupin, alias Ceccaldi, se hallaba en una situación cercana a la miseria y vivía de la generosidad de algunos amigos, sin caer totalmente en la vida alegre.

Se casó con ella durante un viaje a Londres y fue entonces cuando su mujer mandó que le enviaran desde Francia una partida de nacimiento a nombre de Marie Dupin.

—Era una mujer encantadora...

Maigret veía la cara gorda, digna y rubicunda de sir Lampson mientras pronunciaba estas palabras sin afectación, con una sencillez y una seriedad que al juez parecieron gustarle.

Tuvo que apartarse para dejar pasar la camilla en la que se llevaban el cuerpo de Willy.

Y bruscamente, encogiéndose de hombros, entró en la cantina, se dejó caer en un banco y pidió:

—¡Una cerveza!...

Fue la muchacha quien se la sirvió, con los ojos todavía enrojecidos y la nariz brillante. Él la miró con interés y, antes de que la interrogase, la chica murmuró cerciorándose antes de que nadie pudiese oírla:

—¿Sufrió mucho?

Tenía la cara basta, los tobillos gruesos, los brazos gordos y colorados. No obstante, era la única persona que se preocupaba por el elegante Willy que tal vez en plan de broma la víspera le había pellizcado la cintura. ¡Si es que lo había hecho!

Eso le recordaba a Maigret la conversación que había mantenido con el joven medio acostado en la cama deshecha, allá arriba, fumando un cigarrillo tras otro.

Llamaban a la chica desde otra mesa. Un marinero le decía:

—Parece que estás trastornada, Emma...

Y ella intentaba sonreír, mirando a Maigret con aire cómplice.

El tráfico había sido constante toda la mañana. Delante del Café de la Marine había siete barcos, tres eran de motor. Cada vez que una de las mujeres entraba a comprar provisiones tintineaba la campanilla de la tienda.

—Cuando quiera almorzar... —le dijo el dueño a Maigret.

—¡Dentro de un rato!

Y, desde el umbral, miró el lugar donde por la mañana aún estaba amarrado el *Southern Cross*.

Al atardecer habían salido de él dos hombres llenos de vida. Se habían dirigido hacia el puente de piedra. De creer lo que decía el coronel, se habían separado tras una discusión y sir Lampson había continuado su camino por la carretera desierta, recta, de tres kilómetros de largo, que conduce a las primeras casas de Épernay.

Nadie había vuelto a ver a Willy vivo. Cuando el coronel regresó, en taxi, no observó nada anormal.

¡Ningún testigo! ¡Nadie había oído nada! El carnicero de Dizy, que vivía a seiscientos metros del puente, dijo que su perro había ladrado, pero como no le dio importancia no podía decir a qué hora.

El camino de sirga, con sus charcos y sus barrizales, estaba demasiado pisado por hombres y caballos como para poder tomar huellas.

El jueves anterior, Mary Lampson, también llena de vida, en un estado aparentemente normal, abandonaba el *Southern Cross*, donde estaba ella sola.

Antes —según Willy— le había entregado a su amante un collar de perlas, la única joya de valor que poseía.

Y se le perdía la pista. En ningún sitio se la había vuelto a ver con vida. Pasaron dos días sin que nadie la viera.

El domingo por la noche apareció estrangulada, debajo de la paja en una cuadra de Dizy, a cien kilómetros de donde había salido, y dos arrieros roncaban cerca de su cadáver.

¡Eso era todo! Por orden del juez iban a colocar los dos cuerpos en una nevera del Instituto Forense.

El *Southern Cross* acababa de irse hacia el sur, hacia Porquerolles, hacia el Petit Langoustier que había visto tantas orgías.

Maigret, con la cabeza gacha, rodeaba los edificios del Café de la Marine. Apartó una oca iracunda que avanzaba hacia él con el pico abierto y una especie de estertor furioso.

En la puerta de la cuadra no había cerrojo, sino un simple pestillo de madera. Y el perro de caza que merodeaba por el patio, demasiado bien alimentado, se abalanzaba saltando de alegría a recibir a todos los visitantes.

Una vez abierta la puerta, el comisario se encontró cara a cara con el caballo gris del propietario que, como todos los días, no estaba atado y aprovechó la ocasión para salir a pasear.

La yegua (herida en la rodilla) seguía echada en su box, con la mirada triste.

Maigret movía la paja con el pie, como si esperase encontrar algo que hubiera pasado por alto en su primera inspección del lugar.

Repitió dos o tres veces, de mal humor:

—¡Vaya por Dios!

Estaba casi decidido a regresar a Meaux, o incluso a París, para recorrer paso a paso el trayecto que había hecho el *Southern Cross*.

Allí habían dejado de todo: correas viejas, trozos de arnés, un pedazo de vela, una pipa rota...

De lejos, vio algo blanco que sobresalía de un montón de heno y se acercó sin muchas esperanzas. Al cabo de un momento, tenía en la mano una gorra de marino americano igual que las de Vladímir.

La tela estaba sucia de barro y de estiércol, deformada como si la hubiesen estirado en todos los sentidos.

Pero Maigret buscó en vano en los alrededores algún otro indicio. Habían echado paja fresca en el lugar donde habían descubierto el cuerpo para que no fuese tan siniestro.

«¿Soy prisionero?».

Sin saber muy bien por qué, esa frase del coronel le volvía a la memoria mientras caminaba hacia la puerta de la cuadra. Al mismo tiempo recordaba a sir Lampson, aristocrático y decadente, con sus ojos grandes siempre húmedos, su ebriedad latente y su asombrosa flema.

Evocaba su breve diálogo con el magistrado estirado, en aquella sala de la fonda con las mesas cubiertas de hule, que la magia de unas entonaciones y unas actitudes había transformado por un momento en un salón.

Y manoseaba aquella gorra, desconfiado, con una mirada socarrona.

«¡Sea prudente!», le había dicho el señor de Clairfontaine de Lagny tocándole la mano.

La oca, feroz, seguía el rastro del caballo cubriéndolo de injurias. Y éste dejaba caer su cabeza grande y husmeaba los desperdicios esparcidos por el patio.

A cada lado de la puerta había un recantón de piedra y el comisario se sentó en uno, sin soltar la gorra ni la pipa apagada.

Delante de él no había más que un enorme montón de estiércol, luego un seto con algunos agujeros y, más allá, unos campos donde aún no crecía nada y la colina de las vetas blancas y negras sobre la que parecía pesar como una losa una nube completamente negra.

Un rayo de sol oblicuo atravesaba el borde de la nube y hacía brillar el

estiércol.

«Una mujer encantadora...», había dicho el coronel hablando de Mary Lampson.

«¡Un verdadero *gentleman!*», había dicho Willy del coronel.

Sólo Vladímir no había dicho nada, se había contentado con ir y venir, con comprar provisiones, gasolina, llenar los tanques de agua potable, achicar el bote y ayudar a su amo a vestirse.

Por la carretera pasaban unos flamencos hablando alto. De pronto Maigret se inclinó. El patio estaba pavimentado con unas piedras desiguales. A dos metros de él, entre dos piedras, el sol acababa de darle a algo que brillaba.

Era un gemelo de oro, atravesado por dos hilos de platino. Maigret había visto unos gemelos parecidos la víspera en los puños de la camisa de Willy, cuando el joven estaba acostado en su cama, lanzando hacia el techo el humo de sus cigarrillos y perorando con displicencia.

A partir de ese momento, ya no se ocupó del caballo, ni de la oca, ni de nada de cuanto lo rodeaba. Poco después, le daba vueltas a la manivela del teléfono.

—Épernay... ¡La morgue, sí!... ¡La policía!...

Uno de los flamencos, que salía de la cantina, se detuvo y lo miró sorprendido al verlo tan animado.

—¡Oiga!... Aquí el comisario Maigret, de la Policía judicial... Acaban de traerles un cuerpo... ¡No, claro que no! No se trata del accidente de coche... El ahogado de Dizy... Sí... Miren enseguida en la oficina, entre sus efectos personales... Tienen que encontrar un gemelo... Díganme cómo es... ¡sí, espero!...

Al cabo de tres minutos, colgaba, ya informado, con la gorra y el gemelo todavía en la mano.

—Su almuerzo está listo...

No se tomó la molestia de contestar a la chica pelirroja, que sin embargo se lo dijo con muchísima amabilidad. Salió, con la sensación de que tal vez ahora tenía agarrada la punta del hilo, pero también con la angustia de que se le podía escapar.

—La gorra en la cuadra... El gemelo en el patio... Y la insignia del YCF cerca del puente de piedra...



Echó a andar en esa dirección, muy deprisa. En su mente se formaban y se diluían razonamientos alternativamente.

No había recorrido un kilómetro cuando miró estupefacto lo que tenía delante.

El *Southern Cross*, que había zarpado más de una hora antes apresuradamente, estaba amarrado a la derecha del puente, entre las cañas. No se veía a nadie fuera.

Pero cuando el comisario estuvo a unos cien metros, en la otra orilla, un coche procedente de Épernay se paró junto al yate y Vladímir, siempre vestido de marinero, sentado junto al chófer, saltó al suelo y se dirigió corriendo hacia el barco.

No había llegado todavía cuando la escotilla se abrió y el coronel fue el primero en salir a cubierta y tender la mano a alguien que se encontraba dentro.

Maigret no se ocultaba. No pudo saber si el coronel lo vio o no.

La escena fue rápida. El comisario no oía lo que decían. Pero los movimientos de los personajes le dieron una idea bastante exacta de lo que ocurría.

La persona a la que sir Lampson ayudaba a salir de la cabina era la Negretti. Por primera vez, se la veía vestida de ciudad. Incluso de lejos, se comprendía que estaba muy enfadada.

Vladímir había cogido dos maletas que ya estaban preparadas y las llevaba hacia al coche.

El coronel tendió la mano a su compañera para cruzar la pasarela, pero ella lo rechazó, se lanzó tan bruscamente que a punto estuvo de caer de cabeza entre las cañas.

Y echó a andar sin esperarlo. Él la seguía impasible unos pasos más atrás. La mujer se metió en el coche con la misma rabia, sacó un instante la cabeza por la portezuela y gritó indignada algo que debía de ser un insulto o una amenaza.

Sir Lampson, sin embargo, en el momento en que el coche arrancaba, se inclinó galantemente, la miró alejarse y regresó al barco en compañía de Vladímir.

Maigret no se había movido. Tuvo la sensación clarísima de que en el

inglés se producía un cambio.

No sonreía. Continuaba tan flemático como siempre. Pero, por ejemplo, en el momento de entrar en la cabina de mando y mientras hablaba, tocó con un gesto cordial, casi afectuoso, el hombro de Vladímir.

Y la maniobra fue magnífica. A bordo ya sólo quedaban los dos hombres. El ruso recogió la pasarela con un solo gesto e hizo saltar el lazo de las amarras.

La proa del *Southern Cross* estaba metida entre las cañas. Por detrás llegaba una gabarra tocando la bocina.

Lampson se volvió. Casi inevitablemente tuvo que ver a Maigret, pero no dio muestras de ello. Con una mano embragó. Con la otra dio dos vueltas al círculo de cobre y el yate se deslizó hacia atrás, lo justo para desengancharse, evitó el estrave de la gabarra, paró a tiempo y volvió a arrancar dejando tras de sí un borboteo de espuma.

No había recorrido cien metros cuando lanzó tres pitidos de sirena para avisar a la esclusa de Ay de su llegada.

—No pierda tiempo... Siga la carretera... Y, si es posible, alcance ese coche...

Maigret había parado la camioneta de un panadero que pasaba en dirección a Épernay. Se veía el coche ocupado por la Negretti a un kilómetro más o menos, pero iba bastante despacio porque el asfalto estaba grasiento y resbaladizo.

En cuanto el comisario se dio a conocer, el repartidor lo miró con una curiosidad divertida.

—No necesitaría más de cinco minutos para alcanzarlos, ¿sabe usted?...

—No vaya demasiado deprisa...

Y ahora fue Maigret quien sonrió al ver a su compañero adoptar las poses que se ven en los perseguidores de las películas policíacas estadounidenses.

No hubo que hacer ninguna maniobra peligrosa ni vencer ninguna dificultad. En una de las primeras calles de la ciudad, el coche se paró un momento, sin duda para permitir que la viajera negociase con el chófer, luego volvió a arrancar y a los tres minutos se detuvo delante de un hotel bastante

lujoso.

Maigret abandonó la camioneta a cien metros y le dio las gracias al panadero, que no quiso aceptar ninguna propina pero que, bien decidido a ver cómo acababa el asunto, aparcó cerca del hotel.

Un botones transportó las dos maletas. Gloria Negretti cruzó rápidamente la acera.

Diez minutos más tarde, el comisario se presentaba al gerente del hotel.

—¿La señora que acaba de llegar?...

—Habitación 9... Ya me olí que había algo... Jamás he visto a nadie tan nervioso... Hablaba a toda velocidad, mezclando palabras extranjeras... He creído entender que no quería que la molestaran y que deseaba que le subieran cigarrillos y *kummel*... Espero que no organice un escándalo...

—¡En absoluto! —afirmó Maigret—. Sólo quiero pedirle una información...

No pudo evitar sonreír al acercarse a la puerta con el número 9, pues lo que se oía en la habitación era un auténtico jaleo. Los tacones altos de la mujer golpeaban el parquet con una cadencia desordenada.

Iba y venía en todos los sentidos. Se la oía cerrar la ventana, arrastrar una maleta, abrir un grifo, echarse en la cama, levantarse y por último tirar un zapato al otro extremo de la habitación.

Maigret llamó a la puerta.

—¡Entre!...

La voz sonaba enfadada, impaciente. La Negretti no llevaba ni diez minutos allí y ya había tenido tiempo de cambiarse, despeinarse y en definitiva recuperar, aunque más desastrado, el aspecto que tenía a bordo del *Southern Cross*.

Cuando reconoció al comisario, hubo un destello de cólera en sus ojos marrones.

—¿Qué quiere?... ¿Qué viene a buscar aquí?... ¡Estoy en mi casa!... Pago esta habitación y...

Continuó en una lengua extranjera, sin duda en español, abrió un frasco de agua de colonia y se la echó en gran cantidad en las manos antes de humedecerse la frente sudorosa.

—¿Me permite una pregunta?...

—He dicho que no quería ver a nadie... ¡Váyase!... ¿Me oye?...

Andaba sobre sus medias de seda y sin duda no llevaba ligas porque empezaban a deslizarse por sus piernas, dejando al descubierto una rodilla hinchada y blanquísima.

—Más valdría que hiciera sus preguntas a los que pueden contestarlas... Pero no se atreve, ¿eh?... Porque es coronel... Porque es *sir* Lampson... Menudo *sir*... ¡Ja, ja! Si yo contara la mitad de lo que sé... ¡Mire!... —rebuscó febrilmente en su bolso y sacó cinco billetes de mil francos arrugados—. ¡Esto es lo que me acaba de dar!... Y hace dos años que vivo con él, que...

Tiró los billetes a la alfombra, pero luego cambió de opinión, los recogió y los volvió a meter en el bolso.

—Naturalmente me ha prometido que me enviará un cheque... Pero ya sabemos lo que valen sus promesas... ¿Un cheque?... Si ni siquiera tiene dinero suficiente para llegar a Porquerolles... Pero eso no le impedirá emborracharse con whisky todos los días...

No lloraba y sin embargo había lágrimas en su voz. Era una agitación especial la de aquella mujer que Maigret siempre había visto abstraída en una pereza beatífica, en un ambiente de invernadero cálido.

—Es como ese Vladímir... Se ha atrevido a decirme, intentando besarme la mano: «Adiós, señora...». ¡Ja, ja!... Vaya jeta... Pero cuando el coronel no estaba, Vladímir... Bueno, eso a usted no le importa... Pero ¿por qué se queda ahí plantado?... ¿A qué espera? ¿Acaso cree que le voy a decir algo? ¡Nada de nada!... Y, sin embargo, reconozca que tendría todo el derecho...

Seguía deambulando, cogiendo objetos de la maleta y dejándolos en alguna parte para después trasladarlos a otra.

—¡Mira que abandonarme en Épernay!... En este agujero lluvioso... Le supliqué que por lo menos me llevase a Niza, donde tengo amigos... Por él los dejé... También es verdad que debería estar contenta de que no me haya matado... No diré ni una palabra, ¿me oye?... Ya se puede ir... ¡La policía me da asco!... ¡Lo mismo que los ingleses!... Si es capaz, vaya a detenerlo... ¡Pero no se atreverá!... Yo ya sé cómo son esas cosas... ¡Pobre Mary!... Sería lo que fuera. Claro que tenía mal carácter, que hubiera hecho cualquier cosa por ese Willy al que yo no podía ni ver... Pero morir de esa manera...

¿Se han ido?... ¿A quién va usted a detener en definitiva?... ¿No será a mí... verdad? Pues óigame bien... Le diré una cosa, ¡sí!... ¡Una cosa nada más!... Haga con ella lo que le parezca... Esta mañana, cuando se vestía para presentarse ante el juez (¡porque tiene que impresionar a la gente, sacar sus insignias y sus condecoraciones!), cuando se vestía, Walter le ha dicho a Vladímir en ruso, porque se cree que yo no entiendo ese idioma... —hablaba tan deprisa que se quedaba sin aliento, se hacía un lío con las frases y mezclaba de nuevo palabras en español—... le dijo que intentara saber dónde se encuentra *La Providence*... ¿Comprende?... Es un barco que estaba a nuestro lado, en Meaux... Quieren alcanzarlo y tienen miedo de mí... Yo hice como que no los oía... Pero sé muy bien que usted no se atreverá...

Miró sus maletas en desorden, la habitación que en unos minutos había logrado poner patas arriba impregnándola con su perfume áspero...

—¿Tiene cigarrillos por lo menos?... ¿Qué clase de hotel es éste?... Los he pedido, y *kummel*...

—¿En Meaux vio usted al coronel hablando con alguien de *La Providence*?

—No vi nada de nada... A mí no me interesaba eso... Solamente esta mañana oí... ¿Por qué tendrían que preocuparse de una gabarra, si no?... ¿Acaso sabe alguien cómo murió la primera mujer de Walter en la India?... Si la otra se divorció, sus razones tendría...

Un camarero llamó a la puerta, traía los cigarrillos y el licor. La Negretti tomó el paquete y lo lanzó al pasillo gritando:

—¡Dije Abdullahs!

—Pero, señora...

Juntó las manos con un gesto que hacía prever un ataque de nervios y chilló:

—¡Oh!... ¡Qué gente!... Qué...

Se volvió hacia Maigret, que la examinaba con interés, y le espetó:

—¿Y usted, a qué espera?... ¡No diré nada más! ¡No sé nada! No he dicho nada... ¿Me oye?... ¡No quiero que esta historia me traiga problemas!... Ya es bastante desgracia haber perdido dos años de mi vida con...

El camarero, al retirarse, le lanzó una mirada al comisario. Y mientras la

mujer se echaba en la cama, con los nervios destrozados, él también salió de la habitación.

En la calle, el panadero seguía esperando.

—¿Qué tal? ¿No la ha detenido? —preguntó, decepcionado—. Yo creía...

Maigret tuvo que caminar hasta la estación para encontrar un taxi que lo condujera al puente de piedra.

## EL PEDAL TORCIDO

Cuando el comisario adelantó al *Southern Cross*, que con sus remolinos seguía agitando las cañas mucho tiempo después de haber pasado, el coronel todavía estaba al timón y Vladímir, en la proa, adujaba un cabo.

Maigret esperó al yate en la esclusa de Aigny. La maniobra se realizó correctamente y, una vez amarrado el barco, el ruso bajó a tierra para entregar los papeles y una propina al operario de la esclusa.

—¿Esta gorra es suya? —le preguntó el policía saliéndole al paso.

Vladímir examinó el objeto, que ya no era más que un trapo sucio y luego miró a su interlocutor.

—¡Gracias! —dijo por fin, cogiendo la gorra.

—¡Un momento! ¿Quiere decirme cuándo la perdió?

El coronel seguía la escena con la vista, sin dejar traslucir la menor emoción.

—Se me cayó al agua ayer tarde —explicó Vladímir—, cuando me incliné sobre el codaste para retirar con el bichero unas hierbas que bloqueaban la hélice... Había una gabarra detrás de nosotros... La mujer, de rodillas en la barca, estaba aclarando la ropa... Fue ella la que repescó la gorra, y yo la dejé en la cubierta para que se secase...

—¿O sea que esta noche la gorra estaba en la cubierta?

—Sí... Esta mañana no me fijé en si estaba todavía...

—¿Ayer ya estaba sucia?

—¡No! La patrona de la gabarra, al repescarlo, lo pasó por el agua jabonosa de su barreño...

El yate se elevaba a sacudidas y el operario ya aguantaba con las dos manos la manivela de la compuerta aguas arriba.

—Si mal no recuerdo, era el *Phénix* el que iba detrás de ustedes, ¿verdad?

—Creo que sí... Hoy no lo he visto...

Maigret esbozó un vago saludo y se dirigió hacia su bicicleta mientras el coronel, impasible, embragaba el motor e inclinaba la cabeza al pasar por delante del operario de la esclusa.

El comisario se quedó un buen rato observándolo marchar, pensativo y turbado por la asombrosa facilidad con que las cosas transcurrían a bordo del *Southern Cross*.

El yate continuaba su camino sin prestarle atención. Vio cómo, desde su puesto, el coronel le hacía una pregunta al ruso y éste le respondía con una sola frase.

—¿Está lejos el *Phénix*? —preguntó Maigret.

—Tal vez en el tramo de Juvigny, a cinco kilómetros de aquí... No va tan rápido como esta máquina...

Maigret llegó allí un poco antes que el *Southern Cross*, y Vladímir debió de verlo desde lejos interrogando a la patrona de la gabarra.

Los detalles eran exactos. La víspera, mientras aclaraba la ropa, que ahora colgaba hinchada por el viento de un alambre tendido en la cubierta de la gabarra, la mujer había repescado la gorra del marinero. Éste, un poco más tarde, le dio dos francos a su niño.

Eran las cuatro de la tarde. El comisario volvió al sillín de su bicicleta, con la cabeza cargada de hipótesis confusas. En el camino de sirga los neumáticos hacían crujir la grava y saltar piedrecitas a ambos lados de las ruedas.

En la esclusa 9, Maigret le llevaba una buena distancia al inglés.

—¿Podría decirme dónde se encuentra en este momento *La Providence*?

—No lejos de Vitry-le-François... Van a buen ritmo, pues tienen buenos animales y sobre todo un arriero dispuesto a dejarse la piel...

—¿Diría que tienen prisa?

—Ni más ni menos que lo habitual... En el canal, ¿no es cierto?, uno



siempre tiene prisa... Nunca sabes lo que te espera... Lo mismo puedes perder horas en una esclusa que pasarla en diez minutos... Cuanto más deprisa vas, más ganas...

—¿No ha oído nada anormal esta noche?

—¡Nada!... ¿Por qué?... ¿Pasa algo?...

Maigret se fue sin contestar, y a partir de entonces se detuvo en cada esclusa y en cada barco.

No le había costado juzgar a Gloria Negretti. A la vez que se negaba a decir una palabra en contra del coronel, en realidad había soltado todo lo que sabía.

¡Porque era incapaz de contenerse! ¡Incapaz también de mentir! De lo contrario, se habría inventado cosas infinitamente más complicadas.

Por lo tanto, había oído a sir Lampson pedirle a Vladímir que se informase sobre *La Providence*.

Y lo cierto era que también el comisario había estado pensando en esa gabarra que había llegado el domingo por la tarde, poco antes de la muerte de Mary Lampson, procedente de Meaux. Era de madera y estaba untada de resina.

¿Por qué quería el coronel alcanzarla? ¿Qué tenía que ver el *Southern Cross* con aquel barco pesado que iba al paso lento de sus dos caballos?

Mientras avanzaba por el paisaje monótono del canal pedaleando cada vez con más esfuerzo, Maigret esbozaba unos razonamientos que no lo llevaban más que a conclusiones fragmentarias o inaceptables.

Pero ¿no quedaba la historia de los tres indicios explicada por la rabiosa acusación de la Negretti?

Maigret había intentado por tres veces reconstruir las idas y venidas de los personajes durante aquella noche, de la cual lo único que se sabía era que Willy Marco había muerto.

Cada vez se había topado con una especie de fisura; había tenido la impresión de que faltaba un personaje que no era ni el coronel, ni el muerto, ni Vladímir...

Y ahora el *Southern Cross* iba al encuentro de alguien a bordo de *La Providence*.

¡Alguien que, sin lugar a dudas, estaba involucrado en los

acontecimientos! ¿No cabía suponer acaso que ese alguien había participado en el segundo drama, es decir en el asesinato de Willy, igual que en el primero?

De noche no se tarda en recorrer las distancias siguiendo un camino de sirga en bicicleta, por ejemplo.

—¿No ha oído nada esta noche?... ¿No ha observado nada anormal a bordo de *La Providence* cuando ha pasado?

Era un trabajo feo, decepcionante, sobre todo bajo aquella especie de calabobos que caía de las nubes bajas.

—Nada...

La distancia entre Maigret y el *Southern Cross* iba aumentando, ya que éste perdía un mínimo de veinte minutos en cada esclusa. El comisario se subía cada vez con menos agilidad a la bicicleta y retomaba obstinadamente, en la soledad de un tramo del canal, alguno de los hilos de su razonamiento.

Ya había recorrido cuarenta kilómetros cuando el operario de la esclusa de Sarry contestó a su pregunta.

—Mi perro ladró... Creo que algo pasó por la carretera... ¿Quizá un conejo?... Me volví a dormir enseguida...

—¿Sabe usted dónde ha pasado la noche *La Providence*?

Su interlocutor hizo un cálculo mental.

—¡Espere! No me extrañaría que hubiera llegado hasta Pogny... El patrón quería estar esta tarde en Vitry-le-François...

¡Dos esclusas más! ¡Nada! Maigret tenía que preguntar a los operarios en las mismas compuertas porque, a medida que avanzaba, el tráfico se hacía más intenso. En Vésigneul, había tres barcos esperando turno. En Pogny, cinco.

—¿Ruido? ¡No! —gruñó el encargado de esta última esclusa—. Pero lo que me gustaría saber es quién ha tenido la desfachatez de usar mi bicicleta...

El comisario se enjugó la cara al atisbar por fin algo parecido a una meta. Tenía el aliento corto y caliente. Acababa de recorrer cincuenta kilómetros sin tomar ni siquiera un vaso de cerveza.

—¿Dónde está su bicicleta?

—¿Abrirás las compuertas, François? —le gritó el operario a un arriero.

Y llevó a Maigret hacia su casa. En la cocina, que estaba en la planta baja,

unos marineros tomaban el vino blanco que una mujer les servía sin soltar a su bebé.

—¡Espero que no me denuncie! Ya sé que está prohibido vender bebidas... Pero todo el mundo lo hace... Es más que nada por hacer un favor... ¡Es aquí!...

Señaló un cobertizo de madera adosado a la pared. No tenía puerta.

—Ésta es la bicicleta... Es la de mi mujer... Piense que desde aquí hay que recorrer cuatro kilómetros para encontrar una tienda... Yo siempre le digo que entre la bicicleta por la noche, pero ella dice que la casa se ensucia... Fíjese que el que la usó es un tipo raro... Hubiera podido no darme cuenta... Justamente anteayer vino a pasar el día mi sobrino, que es mecánico en Reims... La cadena estaba rota... La reparó y de paso limpió la bicicleta a fondo y la engrasó... Ayer no la usamos... También habíamos puesto un neumático nuevo atrás... Pues bien, esta mañana la bici estaba limpia, a pesar de que había llovido toda la noche... Usted ya ha visto el barro que hay en el camino... Pero el pedal de la izquierda estaba torcido y el neumático llevaba marcas como si hubiese hecho al menos cien kilómetros... ¿Usted lo entiende?... ¡La bici ha sido utilizada, seguro!... Y el que la ha traído se ha tomado la molestia de limpiarla...

—¿Cuáles son los barcos que han pasado la noche cerca de aquí?

—¡Espere!... La *Madeleine* ha debido de ir a La Chaussée, donde el cuñado del patrón se encarga del bar... La *Miséricorde* ha pernoctado más abajo de mi esclusa...

—¿Viniendo de Dizy?

—¡No! Ésta va hacia abajo, viene del Saona... La única sería *La Providence*... Pasó ayer a las siete de la tarde... Fue hasta Omey, a dos kilómetros, donde hay un buen puerto...

—¿Tiene otra bicicleta?

—No... Pero ésta se puede utilizar perfectamente...

—¡Perdone! Enciérrela en algún sitio... Si es preciso, alquile otra... ¿Puedo confiar en usted?

Los marineros salían de la cocina y uno de ellos le gritó:

—¿Así es como trabajas, Désiré?...

—Un momento... Estoy con este señor...

—¿Dónde cree que puedo alcanzar a *La Providence*?

—¡Pues no lo sé! Todavía va bastante rápida... Me extrañaría que la alcanzase antes de Vitry...

Maigret ya se iba. Volvió atrás, sacó una llave inglesa de su caja de herramientas y desmontó los dos pedales de la bici de la mujer del operario.

Cuando continuó su camino, los pedales que se había metido en los bolsillos formaban dos bultos en su americana.

El operario de la esclusa de Dizy le había dicho bromeando:

—Cuando no llueve en ninguna parte, hay dos sitios al menos donde uno puede estar seguro de que cae agua: aquí y en Vitry-le-François...

Maigret se acercaba a esa población y empezaba a llover otra vez; una lluvia finísima, perezosa, eterna.

El aspecto del canal había cambiado. En las orillas se alzaban fábricas y durante mucho rato el comisario pasó entre un enjambre de obreras que salían de una de ellas.

Por todas partes había barcos descargando y otros vaciando y esperando.

Y volvían a verse casitas de suburbio, con conejeras hechas de cajas viejas y jardines tristísimos.

A cada kilómetro, una fábrica de cemento, o una cantera, o un horno de cal. Y la lluvia mezclaba el polvo blanco esparcido en la atmósfera con el barro del camino. El cemento lo empañaba todo: las tejas de las casas, los manzanos y los matorrales.

Maigret empezaba a adoptar el movimiento de derecha a izquierda y de izquierda a derecha típico del ciclista cansado. Pensaba sin pensar. Iba enlazando ideas, pero todavía no era posible formar una hipótesis sólida.

Cuando divisó la esclusa de Vitry-le-François, caía la noche, moteada por los fanales blancos de unas sesenta embarcaciones en fila india.

Algunas adelantaban a otras, se ponían de través. Y cuando llegaba una en sentido contrario, se oían gritos, palabrotas, noticias lanzadas al aire.

—¡Eh!... ¡*Simoun*!... Tu cuñada, que estaba en Chalon-sur-Saône, te manda decir que os encontraréis en el canal de Borgoña... El bautizo se retrasa... ¡Recuerdos de Pierre!...

En las puertas de la esclusa había diez siluetas atareadas.

Y, cubriéndolo todo, una niebla azulada, lluviosa, en medio de la cual se

distinguían las siluetas de los caballos parados y de los hombres que iban de un barco a otro.

Maigret leía los nombres en la popa de las gabarras. Una voz le gritó:

—¡Buenas tardes!...

Tardó unos segundos en reconocer al patrón del *Eco III*.

—¿Ya está reparado?

—¡No era nada!... Mi empleado es un idiota... El mecánico, que vino de Reims, lo arregló en cinco minutos...

—¿No ha visto por casualidad *La Providence*?

—Está delante... Pero nosotros pasaremos antes que ella... Como hay embotellamiento, la esclusa funcionará toda la noche y tal vez la próxima noche... Piense que hay al menos sesenta barcos y van llegando más... En principio, los motores tienen derecho a pasar antes que las caballerizas... Esta vez, el ingeniero ha decidido que pasarían alternativamente una gabarra de caballos y un barco de motor...

Y el hombre, simpático, con una cara franca, extendió el brazo.

—¡Mire!... Justo enfrente de la grúa... Reconozco su timón pintado de blanco...

Al pasar junto a las gabarras, se adivinaba por las escotillas a la gente comiendo a la luz amarillenta de las lámparas de petróleo.

Maigret encontró al patrón de *La Providence* en el muelle, discutiendo animadamente con otros marineros.

—¡Por supuesto que los motores no deberían tener más derechos!... Por ejemplo la *Marie*, nosotros le ganamos un kilómetro en un tramo de cinco... ¿Entonces?... Con este sistema, nos pasará por delante... ¡Mira!... ¡Aquí viene el comisario!...

Y el hombrecito le tendió la mano, como a un camarada.

—¿Otra vez por aquí?... La patrona está a bordo... Se alegrará de volver a verlo, porque dice que, para ser policía, es usted un hombre muy formal...

En la oscuridad, se veía brillar la punta roja de los cigarrillos y todos los fanales, tan pegados los unos a los otros que uno se preguntaba cómo hacían los barcos para poder circular.

Maigret encontró a la gorda bruselense pasando la sopa por el pasapurés; se secó la mano con el delantal antes de tendérsela.

—¿No ha encontrado al asesino?...

—¡Por desgracia, no!... Vengo a pedirle alguna información más...

—Siéntese... ¿Una copita?...

—¡No, gracias!...

—¡Sí, gracias!... ¡Vamos, hombre! Con un tiempo como éste, no le hace daño a nadie... ¿No me dirá que ha venido en bicicleta desde Dizy?

—¡Desde Dizy, sí!

—¡Pero si son sesenta y ocho kilómetros!...

—¿Su arriero está por aquí?

—Debe de estar en la esclusa, discutiendo... Se nos quieren colar, y no es el momento de permitirlo porque ya hemos perdido bastante tiempo...

—¿Tiene una bicicleta?

—¿Quién, Jean?... ¡No!...

Soltó una carcajada. Y, mientras retomaba lo que estaba haciendo, explicó:

—No me lo imagino en bicicleta, son sus piernas tan cortitas... Mi marido tiene una... Pero hace por lo menos un año que no la ha usado y creo que los neumáticos están pinchados...

—¿Han pasado la noche en Omey?

—¡Sí! Siempre intentamos amarrar en un sitio donde podamos comprar provisiones... Porque si durante el día tenemos la desgracia de detenernos, siempre hay otros barcos que se te cuelan...

—¿A qué hora llegaron ustedes?

—Más o menos a la misma que ahora... Nos fijamos más en el sol que en la hora, ¿comprende?... ¿Otra copita?... Es licor de enebro, lo traemos de Bélgica cada vez que vamos...

—¿Fue a la tienda?

—Sí, mientras los hombres tomaban el aperitivo... Debían de ser un poco más de las ocho cuando nos acostamos...

—¿Jean estaba en la caballeriza?

—¿Dónde iba a estar?... Sólo se siente a gusto con sus animales...

—¿No oyó ruido durante la noche?

—Nada de nada... A las tres, como siempre, Jean vino a preparar el café... Es la costumbre... Luego nos marchamos...

—¿No observó nada anormal?

—¿Qué quiere decir?... ¿No sospechará del viejo Jean, verdad?... Tiene un aspecto raro, sabe usted, cuando uno no lo conoce... Nosotros hace ocho años que estamos con él... Pues mire, si se marchara, *La Providence* ya no sería lo que es...

—¿Su marido duerme con usted?

La mujer soltó otra carcajada. Y, como Maigret estaba a su lado, le dio un codazo en las costillas.

—¿Tan viejos parecemos?...

—¿Puedo echar una ojeada a la caballeriza?

—Si quiere... Coja el farol que hay en el puente... Los caballos se han quedado fuera porque aún esperamos pasar esta noche... Y, una vez llegemos a Vitry, ya estaremos tranquilos... La mayoría de los barcos toman el canal del Marne hacia el Rin... Hacia el Saona hay menos tráfico... Aparte de la bóveda de ocho kilómetros, que siempre me da un poco de miedo...

Maigret se dirigió solo hacia la mitad de la gabarra donde se levantaba la caballeriza. Cogiendo la lámpara de queroseno que servía de farol, se metió en los dominios de Jean, impregnados de un olor caliente a estiércol y cuero.

Estuvo chapoteando inútilmente durante casi un cuarto de hora, sin dejar de oír la conversación que continuaba en el muelle entre el patrón de *La Providence* y los marineros.

Poco después, cuando llegó a la esclusa donde para recuperar el retraso acumulado todo el mundo trabajaba a la vez en medio del estruendo de las manivelas oxidadas y el agua borboteante, vio al arriero sobre una de las puertas, con el látigo colgado de la nuca, maniobrando una compuerta.

Iba vestido, como en Dizy, con un traje viejo de pana y llevaba un sombrero que había perdido la cinta desde hacía mucho.

Una gabarra salió de la cámara impulsándose con la pértiga, ya que era imposible avanzar de otra forma entre todas aquellas embarcaciones.

Las voces que se respondían de una gabarra a otra eran roncadas, desabridas, y las caras, que de vez en cuando algún fuego iluminaba, estaban profundamente marcadas por el cansancio.

Todo aquel personal estaba en danza desde las tres o las cuatro de la madrugada y sólo soñaba con la sopa y luego la cama en la que por fin caería

rendido.

Pero todos querían pasar antes la esclusa embotellada para empezar en buenas condiciones la etapa del día siguiente.

El operario de la esclusa iba y venía, cogía al vuelo los papeles de uno y otro, corría a su oficina donde firmaba, ponía el sello y se metía las propinas en el bolsillo.

—¡Disculpe!

Maigret había tocado el brazo del arriero, que se volvió lentamente y lo miró con sus ojos apenas visibles detrás de la espesa maraña de las cejas.

—¿Tiene otras botas además de las que lleva puestas?

Al principio, Jean no pareció comprenderlo. Su cara se arrugó aún más y se miró perplejo los pies.

Al fin sacudió la cabeza, se sacó la pipa de la boca y sólo murmuró:

—¿Otras?...

—¿No tiene más zapatos que éstos?

Un signo afirmativo, muy lento, con la cabeza.

—¿Sabe ir en bicicleta?

Iba acercándose gente, intrigada por la conversación.

—¡Venga por aquí!... —dijo Maigret—. Le necesito...

El arriero lo siguió en dirección a *La Providence*, que estaba amarrada a unos doscientos metros. Al pasar por delante de sus caballos, que tenían la cabeza gacha y los ojos brillantes bajo la lluvia, acarició el cuello del que estaba más cerca.

—Suba...

El patrón, bajito y muy flaco, estaba encorvado sosteniendo una pértiga plantada en el fondo del agua y empujaba el barco hacia la orilla para permitir que pasara una gabarra que iba en dirección contraria.

Vio de lejos a los dos hombres que entraban en la caballeriza, pero no tuvo tiempo de ocuparse de ellos.

—¿Ha dormido usted aquí esta noche?

Un gruñido, que significaba que sí.

—¿Toda la noche? ¿No le tomó prestada una bicicleta al operario de la esclusa de Pogany?...

El arriero tenía el aspecto triste de alguien con pocas luces al que



atormentan o de un perro que nunca ha recibido golpes y al que de repente maltratan sin motivo.

Se echó el sombrero para atrás con la mano y se frotó el cráneo cubierto con unos cabellos blancos y duros como crines.

—Quítese las botas...

El hombre no se movió, echó una mirada a la orilla donde se veían las patas de los caballos. Uno de ellos relinchaba, como si hubiese comprendido que el arriero se hallaba en un apuro.

—Las botas... ¡Rápido!...

Y uniendo el gesto a la palabra, Maigret hizo sentar a Jean en un tablón colocado a lo largo de una de las paredes de la cuadra.

Sólo entonces el viejo se volvió dócil y, mirando a su verdugo con ojos de reproche, empezó a quitarse una de las botas.

No llevaba calcetines, sino unas tiras de tela engrasada con sebo enrolladas alrededor de los pies y los tobillos, completamente adheridas a la piel.

Había poca luz. El patrón, que había terminado la maniobra, se acercó y se puso en cuclillas en la cubierta para ver lo que pasaba dentro de la cuadra.

Mientras Jean, gruñón, malhumorado, con el ceño fruncido, levantaba la segunda pierna, Maigret limpiaba con paja la suela de la bota que tenía en la mano.

Luego se sacó el pedal izquierdo del bolsillo y lo aplicó al zapato.

Aquel anciano alelado contemplándose los pies descalzos constituía un extraño espectáculo. Los pantalones, que debieron de hacerse para un hombre todavía más bajo que él, o que habían sido cortados, sólo le llegaban a media pierna.

Y las tiras de tela untadas de sebo eran negruzcas y tenían pegadas briznas de paja y mugre.

Maigret, muy cerca de la luz, comparaba el pedal, algunos de cuyos dientes estaban rotos, con las marcas casi invisibles en el cuero de la suela.

—¡Esta noche usted ha cogido la bicicleta del operario de Pogny! —acusó despacio, sin apartar la vista de los dos objetos—. ¿Adónde ha ido?

—¡Eh!... ¡*La Providence!*... ¡Adelante!... El *Etourneau* renuncia a su turno y pernocta en la dársena...

Jean se volvió hacia la gente que se ajetreaba fuera y luego miró al comisario.

—¡Puede pasar la esclusa! —dijo Maigret—. ¡Tome! Póngase las botas... El patrón ya manejaba la pértiga. La bruselense acudía presurosa.

—¡Jean!... ¡Los caballos!... No vayamos a perder el turno...

El arriero se había calzado las botas, se izó sobre la cubierta y se puso a dar unas voces extrañas:

—¡Oooh! ¡Uuuh!... ¡Uuuh!...

Los caballos se pusieron en marcha resoplando, mientras él saltaba a tierra y, sin quitarse el látigo de los hombros, se adaptaba torpemente a su paso.

—¡Oooh!... ¡Uuuh!...

La patrona, mientras su marido manejaba la pértiga, se apoyaba con todo su peso sobre el timón para esquivar la gabarra que llegaba en sentido contrario y de la que a duras penas se distinguía la proa redondeada y el halo del fanal situado en la popa.

La voz impaciente del operario de la esclusa gritaba:

—¿Qué pasa con *La Providence*?... ¿A qué espera?...

La gabarra se deslizaba silenciosa por el agua negra. Pero chocó tres veces contra el muro de piedra antes de entrar en la esclusa cuya anchura ocupó totalmente.

## 8

### SALA 10

En general las cuatro compuertas de una esclusa se abren una tras otra, lentamente, para evitar los remolinos que podrían romper las amarras de la embarcación.

Pero había sesenta gabarras esperando. Los marineros a los que pronto les tocaría el turno ayudaban en la maniobra, mientras el operario se limitaba a visar los papeles.

Maigret estaba en el muelle, sosteniendo con una mano la bicicleta y siguiendo con la vista las sombras que se agitaban en la oscuridad. Los dos caballos se habían detenido solos a cincuenta metros aguas arriba de las puertas. Jean accionaba una de las manivelas.

El agua entró con un ruido torrencial. Se la podía ver, toda blanca, en los espacios estrechos que dejaba libres la *Madeleine*.

Pero, justo en el momento en que más agua caía, se oyó un grito ahogado, seguido de un golpe contra la proa de la gabarra, y luego un trajín confuso.

El comisario adivinó el drama antes de comprenderlo. El arriero ya no estaba en su puesto encima de la compuerta. Y los demás corrían a lo largo de las paredes. Por todas partes se oían gritos.

Para iluminar la escena sólo había dos lámparas: una en medio del puente levadizo antes de llegar a la esclusa y otra en la gabarra, que seguía subiendo a un ritmo bastante rápido.

—¡Cerrad las válvulas!...

—¡Abrid las compuertas!...

Alguien pasó con una pértiga enorme que le dio a Maigret en plena mejilla.

Desde lejos acudían varios marineros. Y el operario salía de su casa, aterrado ante la idea de su responsabilidad.

—¿Qué ha pasado?

—El viejo...

A ambos lados de la gabarra, entre la tablazón y el muro, no había más de treinta centímetros de agua libre. Pero esa agua, que llegaba a través de las compuertas, se deslizaba a toda velocidad por el paso estrecho y volvía sobre sí misma borboteando.

Se hicieron una serie de maniobras torpes. Entre otras, alguien activó el cierre de una compuerta y se oyó cómo ésta amenazaba con saltar de sus goznes mientras el operario se precipitaba a reparar el daño.

Sólo después el comisario se enteró de que habría podido inundarse toda la dársena y resultar averiadas cincuenta gabarras.

—¿Lo ves?

—Hay algo negro allí...

La gabarra seguía subiendo, más despacio. Habían cerrado tres de las cuatro compuertas. Pero a cada momento la embarcación chocaba con violencia contra el muro de la cámara tal vez aplastando al arriero.

—¿Qué profundidad hay?

—Por lo menos un metro por debajo del barco...

Era espantoso. A la débil luz de la linterna de la cuadra se veía a la bruselense corriendo arriba y abajo con una boya de salvamento en la mano.

Gritó desesperada:

—¡Me parece que no sabe nadar!...

Y Maigret oyó una voz grave que decía a su lado:

—¡Mejor! Así habrá sufrido menos...

Duró un cuarto de hora. Tres veces alguien creyó ver flotar un cuerpo. Pero no sirvió de nada hundir los bicheros en las direcciones señaladas.

La *Madeleine* salió lentamente de la esclusa y un viejo arriero masculló:

—¡Me apuesto lo que quieran a que está enganchado debajo del timón! Yo eso lo he visto en Verdún...

Se equivocaba. Cuando la gabarra acababa de detenerse a unos cincuenta metros, unos hombres que estaban tanteando con una pértiga las compuertas aguas abajo gritaron pidiendo ayuda.

Hubo que traer un bote. Había algo bajo el agua, a un metro de profundidad. Y justo cuando un hombre se decidía a zambullirse mientras su mujer, con lágrimas en los ojos, trataba de retenerlo, un cuerpo salió bruscamente a la superficie.

Lo izaron. Diez manos agarraron a la vez la americana de pana que estaba rajada, pues se había enganchado a uno de los pernos de la compuerta.

El resto se desarrolló como en una pesadilla. Se oyó el timbre del teléfono en casa del operario de la esclusa. Un niño había salido en bici para avisar a un médico.

Pero era inútil. Al poco rato de dejar el cuerpo del viejo arriero en la orilla, inmóvil, aparentemente sin vida, un marinero se quitó la chaqueta, se arrodilló junto al pecho formidable del ahogado y empezó a tirarle de la lengua.

Alguien había traído un farol. El cuerpo parecía más corto y más fornido que nunca, y la cara chorreando cubierta de cieno, estaba lívida.

—¡Se mueve!... ¡Te digo que se mueve!...

No había empujones. El silencio era tal que la más mínima palabra resonaba como en una catedral. Y seguía oyéndose el chorro de agua que se escapaba de una compuerta mal cerrada.

—¿Y bien?... —preguntó el operario al volver.

—Se mueve... No mucho...

—Haría falta un espejo...

El patrón de la *Madeleine* corrió a buscar uno a bordo. El hombre que practicaba la respiración artificial estaba empapado y otro lo sustituyó y empezó a sacudir con más fuerza al ahogado.

Cuando anunciaron al doctor, que llegaba en coche por una carretera lateral, todo el mundo podía ver el pecho del viejo Jean subiendo y bajando al ralenti.

Le habían quitado la chaqueta. La camisa abierta dejaba al descubierto un

pecho tan peludo como el de una fiera. Debajo del pecho derecho había una larga cicatriz y Maigret entrevió una especie de tatuaje en el hombro.

—¡Siguiente! —gritó el operario haciendo altavoz con las manos—. De todos modos, no podéis hacer nada...

Y un marinero se alejó a regañadientes y llamó a su mujer, que andaba lamentándose con otras un poco más allá.

—¿No habrás parado el motor?...

El doctor hizo retroceder a los espectadores y, nada más palpar el pecho, frunció el ceño.

—Está vivo, ¿verdad? —preguntó con orgullo el primer socorrista.

—¡Policía judicial! —intervino Maigret—. ¿Es grave?

—La mayor parte de las costillas están hundidas... ¡Es verdad que está vivo!... Pero no creo que por mucho tiempo... ¿Ha quedado atrapado entre dos barcos?...

—Entre un barco y la esclusa, seguramente...

—¡Fíjese!

Y el médico hizo palpar al comisario el brazo izquierdo roto por dos sitios.

—¿Hay por aquí una camilla?...

El moribundo soltó un débil suspiro.

—Voy a ponerle una inyección por si acaso... Pero que preparen la camilla cuanto antes... El hospital está a quinientos metros...

Había una en la esclusa, conforme al reglamento, pero estaba en el desván donde, por el tragaluz, vieron ir y venir la llama de una vela.

La bruselense sollozaba, lejos de Maigret pero mirándole con aire de reproche.

Hicieron falta diez hombres para levantar al arriero, que soltó un nuevo estertor. Luego una linterna se alejó en dirección a la carretera principal, aureolando a un grupo compacto, mientras una motonave, engalonada con sus faros verde y rojo, emitía tres pitidos de sirena y amarraba en plena ciudad para ser la primera en salir al día siguiente.

Sala 10. Maigret vio el número por casualidad. Sólo había dos enfermos, uno

de los cuales lloraba como un bebé.

El comisario se pasó la mayor parte del tiempo yendo arriba y abajo por el pasillo de baldosas blancas, viendo cómo las enfermeras pasaban corriendo y se transmitían órdenes en voz baja.

Enfrente, en la sala 8, las mujeres se preguntaban quién sería el recién llegado y hacían pronósticos.

—¡Si lo ponen en la 10...!

El doctor era un hombre rechoncho, con gafas de carey. Pasó dos o tres veces, con su bata blanca, sin decirle nada a Maigret.

Eran cerca de las once cuando por fin se le acercó.

—¿Quiere verlo?

Fue un espectáculo desconcertante. Maigret a duras penas reconoció al viejo Jean, al que habían afeitado para curarle dos cortes que se había hecho en la mejilla y en la frente.

Estaba allí, bien limpio, en una cama blanca, en medio de la claridad neutra de una lámpara de vidrio esmerilado.

El doctor levantó la sábana.

—¡Mire esta carcasa!... Parece un oso... No creo haber visto en mi vida un esqueleto como éste... ¿Qué le ha pasado?

—Se ha caído en el momento en que las compuertas estaban abiertas...

—Ya veo... Debió de quedar atrapado entre la pared y la gabarra... Tiene el pecho literalmente hundido... Las costillas han cedido...

—¿Y el resto?...

—Tendremos que examinarlo mañana mis colegas y yo, si es que aún vive... Es muy delicado... Cualquier movimiento brusco podría matarlo...

—¿Ha recobrado el conocimiento?

—¡No lo sé! Tal vez sea lo más conmovedor... Hace un momento, mientras examinaba sus heridas, he tenido la impresión clarísima de que tenía los ojos entreabiertos y me seguía con la vista... Pero, en cuanto lo miraba yo, cerraba los párpados... No ha delirado... Apenas si refunfuña de vez en cuando...

—¿Y el brazo?

—¡No tiene importancia! Ya he reducido la doble fractura... Pero un pecho no se repara como un húmero... ¿De dónde viene?

—No lo sé...

—Se lo pregunto porque lleva unos tatuajes muy raros... He visto los de los batallones de África, pero éstos son diferentes... Se los enseñaré mañana, cuando quitemos el yeso para la consulta...

El conserje vino a anunciar que unas personas insistían en ver al herido. Maigret fue personalmente a la recepción y se encontró con los dos patrones de *La Providence* vestidos con sus mejores galas.

—Podemos verlo, ¿verdad, comisario?... ¡Ha sido culpa suya, sabe usted!... Lo ha trastornado con sus historias... ¿Ya está mejor?

—Está mejor... Los médicos se pronunciarán mañana...

—Déjeme verlo... ¡Aunque sea de lejos!... ¡Forma parte del barco!...

Ella no dijo «de la familia», sino «del barco», lo cual posiblemente aún era más conmovedor.

El marido, incómodo con su traje de sarga azul y el pescuezo delgado aprisionado por un cuello de celuloide, dejaba que fuera ella la que hablase.

—Por favor, no hagan ruido...

Lo miraron los dos, desde el pasillo, desde donde sólo se distinguía una forma imprecisa debajo de la sábana, un poco de marfil en el lugar de la cara y unos cabellos blancos.

Diez veces estuvo la patrona de la gabarra a punto de lanzarse hacia él.

—¡Oiga!... Si pagáramos algo, ¿cree usted que lo tratarían mejor?...

No se atrevía a abrir el bolso, pero lo tocaba nerviosa.

—Hay hospitales donde pagando, ¿verdad?... ¿Los otros no serán contagiosos?...

—¿Se van a quedar en Vitry?...

—¡Por supuesto que no nos iremos sin él!... Que se fastidie el cargamento... ¿A qué hora podemos venir mañana por la mañana?...

—¡A las diez! —intervino el médico, que había escuchado impaciente.

—¿Hay algo que podamos traerle?... ¿Una botella de champán?... ¿Uvas de España?...

—Le daremos todo lo que necesite...

Y el doctor los empujó hacia el vestíbulo. Cuando llegó allí, la buena mujer, con un gesto furtivo, sacó un billete de diez francos del bolso y se lo puso en la mano al conserje, que la miró asombrado.



Maigret se acostó a las doce, después de telegrafiar a Dizy que le enviasen todo lo que llegara dirigido a él.

En el último momento, se enteró de que el *Southern Cross*, adelantando a la mayoría de las gabarras, estaba en Vitry-le-François y había amarrado al final de la cola de los barcos que estaban esperando.

El comisario había tomado una habitación en el Hôtel de la Marne, en la ciudad, bastante lejos del canal, y allí no se respiraba para nada el ambiente en el cual había vivido aquellos últimos días.

Los clientes que jugaban a las cartas eran viajeros de comercio.

Uno que había llegado más tarde que los otros anunció:

—Parece que en la esclusa ha habido un ahogado...

—¿Te apuntas a ser el cuarto?... Lamperrière está perdiendo hasta la camisa... ¿Se ha muerto el tipo?...

—No lo sé...

Eso fue todo. La dueña dormitaba detrás de la caja. El camarero esparcía serrín por el suelo y cargaba la estufa para la noche.

Había un cuarto de baño, uno solo, con una bañera desconchada. Eso no le impidió a Maigret usarla al día siguiente a las ocho y enviar al camarero a comprarle una camisa nueva y un cuello.

Pero a medida que pasaba el tiempo se iba impacientando. Tenía prisa por volver a ver el canal. Cuando oyó una sirena, preguntó:

—¿Es por la esclusa?

—Por el puente levadizo... En la ciudad hay tres...

El día era gris. Hacía viento. No encontró el camino del hospital y tuvo que preguntar varias veces, pues todas las calles lo llevaban invariablemente a la plaza del Mercado.

El portero lo reconoció y salió a su encuentro exclamando:

—Parece increíble, ¿verdad?

—¿Qué?... ¿Vive?... ¿Ha muerto?...

—¿Cómo? ¿No lo sabe? El director acaba de telefonar a su hotel...

—¡Dígame qué ha pasado!...

—¡Pues que se ha ido!... ¡Ha desaparecido!... El médico jura que es imposible, que no ha podido recorrer ni cien metros en el estado en que estaba... ¡Pero el caso es que ya no está!...

El comisario oyó ruido de voces en el jardín, detrás del edificio, y fue corriendo hacia allí.

Encontró a un anciano a quien aún no había visto y que era el director del hospital. Les hablaba severamente al doctor del día anterior y a una enfermera pelirroja.

—Le juro... —repetía el médico—. Usted sabe tan bien como yo que es... Cuando digo diez costillas hundidas, sin duda me quedo corto... ¡Por no hablar del ahogamiento ni de la conmoción!...

—¿Por dónde salió? —preguntó Maigret.

Le mostraron la ventana, que estaba a casi dos metros del suelo. En la tierra, se distinguían las pisadas de dos pies descalzos, así como un rastro que hacía suponer que el arriero había caído primero cuan largo era.

—¡Ya ve!... La enfermera, la señorita Berthe, estuvo toda la noche de guardia, como siempre... Y no oyó nada... Hacia las tres, tuvo que hacer unas curas en una de las salas y echó una ojeada a la 10... Las luces estaban apagadas... Todo estaba en calma... No puede decir si el hombre aún estaba en la cama...

—¿Y los otros dos enfermos?...

—A uno hay que trepanarlo de urgencia... Estamos esperando al cirujano... El otro durmió sin despertarse...

Maigret siguió con la vista las huellas que conducían a un parterre donde un pequeño rosal había sido pisado.

—¿La verja queda siempre abierta?

—¡Esto no es una cárcel! —replicó el director—. ¿Y cómo vamos a prever que un enfermo se tire por la ventana?... Sólo estaba cerrada la puerta del edificio, como siempre...

Fuera, era inútil buscar huellas. El suelo era de adoquines. Entre dos casas, se vislumbraba la doble fila de árboles del canal.

—A decir verdad —añadió el médico—, estaba casi seguro de que esta mañana lo encontraríamos muerto... Pero, como no se podía hacer nada... Por eso lo puse en la 10...

Se mostraba agresivo, pues no digería los reproches que el director le había hecho.

Maigret estuvo dando vueltas por el jardín, como un caballo de circo, y de

repente, levantando el borde de su bombín a modo de saludo, se dirigió hacia la esclusa.

El *Southern Cross* estaba entrando. Vladímir, con su habilidad de auténtico marinero, lanzaba el bucle de un cable a un noray y detenía la embarcación en seco.

En cuanto al coronel, vestido con un impermeable largo y con la gorra blanca calada, permanecía impasible ante la pequeña rueda del timón.

—¡Compuertas!... —gritó el operario.

Sólo quedaban unos veinte barcos por pasar.

—¿Es su turno? —preguntó Maigret, señalando el yate.

—Sí y no... Si lo consideramos como un motor, tiene derecho a adelantar a las caballerizas... Pero, como barco de recreo... ¡Bah! Pasan tan pocos que no somos demasiado puntillosos con el reglamento... Pero, como les han dado propina a los marineros...

Eran estos últimos los que manejaban las válvulas.

—¿Y *La Providence*?

—Estorbaba el paso... Esta mañana se ha ido a amarrar al recodo, cien metros más arriba, delante del segundo puente... ¿Tiene alguna noticia del viejo?... Es una historia que me puede costar cara... ¡Pero vaya usted a saber!... En principio, debo hacer funcionar la esclusa yo solo... Si lo hiciera, habría todos los días cien barcos esperando... ¡Cuatro compuertas!... ¡Dieciséis válvulas!... ¿Y sabe cuánto me pagan?...

Tuvo que alejarse un momento, porque Vladímir le tendía sus papeles y una propina.

Maigret lo aprovechó para caminar junto al canal. En el recodo, vio *La Providence* que a estas alturas habría reconocido de lejos entre cien gabarras.

Salía un poco de humo del tubo de la chimenea; no se veía a nadie en el puente; todas las salidas estaban cerradas.

Estuvo a punto de subir por la pasarela trasera, que daba acceso a la vivienda de los patrones de la gabarra.

Pero cambió de parecer y pasó por el puente que servía para subir los caballos a bordo.

Habían quitado uno de los paneles que cubría la caballeriza y se veía la cabeza de una de las bestias olfateando el viento.

Hundiendo la mirada en el interior, Maigret descubrió, detrás de las patas del animal, una forma oscura tendida en la paja. Y, muy cerca, estaba la bruselense en cuclillas con un bol de café en la mano.

Maternal, extrañamente dulce, murmuraba:

—¡Vamos, Jean!... ¡Bébaselo antes de que se enfríe!... Le sentará bien, viejo loco... ¿Quiere que le sostenga la cabeza?...

Pero el hombre acostado a su lado estaba inmóvil, mirando al cielo.

Contra ese cielo se recortaba la cara de Maigret, que el hombre seguramente estaba viendo.

Y el comisario tenía la impresión de que en aquel rostro cruzado por tiras de esparadrapo flotaba una sonrisa satisfecha, irónica y hasta agresiva.

El viejo arriero intentó levantar la mano para rechazar la taza que su compañera le acercaba a los labios, pero cayó sin fuerza, toda arrugada, callosa, moteada con puntitos azules que debían de ser vestigios de antiguos tatuajes.

## 9

### EL DOCTOR

—¡Ya ve usted! Ha vuelto a la perrera arrastrándose, como un perro herido...

¿Se daba cuenta la patrona de la gabarra del estado en que se encontraba el herido? En todo caso, no estaba nada alterada. Estaba tan tranquila como si estuviera cuidando de un niño enfermo de gripe.

—El café no puede hacerle daño, ¿verdad?... Pero no quiere tomar nada... Debían de ser las cuatro de la mañana cuando mi marido y yo nos hemos despertado sobresaltados por un gran estruendo a bordo... Yo he cogido el revólver... y le he dicho que me siguiera con la linterna... No se lo podrá creer: Jean estaba allí, más o menos como lo ve usted ahora... Debí de caerse del puente... Son casi dos metros... Al principio, no se veía muy bien... Por un momento pensé que estaba muerto... Mi marido quería llamar a los vecinos para que nos ayudaran a llevarlo a una cama... Pero Jean lo comprendió... Y me apretó la mano... ¡Me la apretó!... Parecía como si se aferrase... Y yo lo veía olisqueando... Lo comprendí... Porque, desde hace ocho años está con nosotros, ¿no es cierto?... No puede hablar... pero creo que oye lo que estoy diciendo... ¿Verdad, Jean?... ¿Te duele?...

Era difícil saber si las pupilas del herido brillaban de inteligencia o de fiebre.

La mujer le quitó una brizna de paja de la oreja.

—Para mí, mi vida es mi casa, mis cacharros de latón, mis cuatro

muebles... Creo que si me dieran un palacio no sería feliz... Para Jean, su vida es su caballeriza... ¡Y sus bestias!... ¡Fíjese!... Como es natural, hay días en que no se camina porque descargamos... Jean no tiene nada que hacer... Podría ir al bar... ¡Pues no señor! Se acuesta aquí, en este sitio... Se las arregla para que entre un rayo de sol...

Y Maigret se fijó en el lugar donde se encontraba el arriero, vio el tabique untado de resina a su derecha, con el látigo colgando de un clavo torcido, la taza de estaño colgada de otro, un trozo de cielo entre los tablones de arriba y, a la derecha, la grupa musculosa de los caballos.

Del conjunto emanaba un calor animal, una vida múltiple, densa, que se pegaba a la garganta como el vino rasposo de algunas laderas.

—¿Usted cree que lo podremos dejar aquí?

Le hizo señas al comisario para que salieran fuera. La esclusa funcionaba al mismo ritmo que la víspera. Y alrededor estaban las calles de la ciudad, con su animación ajena al canal.

—De todas formas morirá, ¿no?... ¿Qué ha hecho?... A mí me lo puede decir... Pero yo no podía hablar, ¡compréndalo!... Primero, porque no sabía nada... Una vez, una sola vez, mi marido sorprendió a Jean con el pecho desnudo... Vio unos tatuajes... No los que llevan algunos marineros... Supusimos lo que usted habría supuesto... Creo que aún lo quise más... Me dije que sin duda no era lo que parecía, que se escondía... No lo habría interrogado por todo el oro del mundo... ¿No creerá usted que ha matado a la mujer?... Entonces, ¡le juro que si lo hizo es porque ella se lo merecía! Jean es... —buscó una palabra que expresara su pensamiento y no la encontró—. ¡Bueno! Aquí viene mi hombre que ya se ha levantado... Lo mandé a acostarse, ya que nunca ha estado muy bien del pecho... ¿Cree usted que si preparase un caldo bien fuerte...?

—Vendrán los médicos. Vale más que entretanto...

—¿Es necesario que vengan?... Lo harán sufrir, le arruinarán los últimos momentos que...

—Es indispensable...

—¡Está tan bien aquí, con nosotros!... ¿Puedo dejarlo a usted con él un momento? ¿No lo atormentará?...

Maigret esbozó un gesto tranquilizador con la cabeza, volvió a entrar en

la caballeriza y se sacó del bolsillo una caja de metal que contenía un pequeño tampón impregnado de tinta.

Seguía siendo imposible saber si el arriero estaba consciente. Tenía los párpados entreabiertos. Se filtraba una mirada neutra, serena.

Pero cuando el comisario levantó la mano derecha del herido y apoyó sus dedos uno tras otro sobre el tampón, tuvo la impresión de que durante menos de una décima de segundo la sombra de una sonrisa volvió a flotar en aquella cara.

Tomó las huellas dactilares en una hoja de papel, observó un momento al moribundo, como si esperase algo, echó una última mirada a los tabiques, a la grupa de los animales que manifestaban su impaciencia, y salió.

Cerca del timón, el marinero y su mujer se estaban tomando el café con leche con el pan remojado mirando hacia él. A menos de cien metros de *La Providence* estaba amarrado el *Southern Cross*, sin nadie en la cubierta.

La víspera, Maigret había dejado la bicicleta en la esclusa y allí la encontró. Diez minutos más tarde, estaba en las oficinas de la policía y enviaba a un agente en moto a Épernay con la misión de transmitir las huellas dactilares a París por belinógrafo.

Cuando regresó a bordo de *La Providence*, iba acompañado por dos médicos del hospital con los que tuvo que iniciar una discusión.

Los médicos querían recuperar al paciente. La bruselense, alarmada, le lanzaba miradas suplicantes a Maigret.

—¿Lo pueden curar?

—¡No! Tiene el pecho hundido. Una costilla ha perforado el pulmón derecho...

—¿Cuánto tiempo le queda de vida?

—¡Cualquier otro ya estaría muerto!... Dentro de una hora, o dentro de cinco...

—¡Entonces, déjenlo!

El viejo no se había movido, no había tenido ni un estremecimiento. Al pasar Maigret por delante de la patrona de la gabarra, ésta le tocó la mano, tímidamente, con un gesto de agradecimiento.

Los doctores cruzaron la pasarela con aspecto contrariado.

—¡Dejarlo morir en una cuadra!... —masculló uno de ellos.

—¡Bah!... Si lo han dejado vivir ahí...

El comisario, por si acaso, colocó a un agente cerca de la gabarra y del yate, con la misión de avisarlo si pasaba algo.

Desde la esclusa se puso en contacto telefónico con el Café de la Marine de Dizy, donde le dijeron que el inspector Lucas acababa de pasar y que había alquilado un coche en Épernay para ir a Vitry-le-François.

Transcurrió una hora larga sin que ocurriera nada. El patrón de *La Providence* aprovechó ese respiro para alquitranar el bote que llevaba a remolque. Vladímir limpiaba los metales del *Southern Cross*.

En cuanto a la mujer, se la veía pasar sin cesar por la cubierta, yendo de la cocina a la cuadra. Una vez llevaba una almohada de una blancura resplandeciente; otra, un bol lleno de un líquido humeante. Sin duda el caldo que se había empeñado en preparar.

Hacia las once, Lucas llegó al Hôtel de la Marne, donde Maigret lo estaba esperando.

—Hola, amigo.

—Hola. Está usted cansado, jefe...

—¿Qué ha averiguado?

—¡No gran cosa! En Meaux, nada, sólo que el yate provocó un pequeño escándalo... Los marineros, que no podían dormir por culpa de la música y los cantos, decían que era un escándalo terrible...

—¿*La Providence* también estaba?

—Cargó a menos de veinte metros del *Southern Cross*... Pero nadie vio nada especial...

—¿Y en París?

—He vuelto a ver a las dos chicas... Han confesado que no fue Mary Lampson la que les dio el collar, sino Willy Marco... Me lo confirmaron en el hotel, donde reconocieron su fotografía y donde nadie vio a la señora Lampson... No estoy seguro, pero creo que Lia Lauwenstein conocía a Willy más íntimamente de lo que reconoce y que en Niza ya lo ayudó...

—¿Y en Moulins?

—¡Nada! He ido a ver a la panadera, que es efectivamente la única Marie Dupin del lugar... Una buena mujer, inocentona, que no comprende nada de lo que le está pasando y que se lamenta porque teme que todo eso la



perjudique... La partida de nacimiento es de hace ocho años... pero desde hace tres hay un secretario nuevo y el antiguo murió el año pasado... Han buscado en los archivos pero no han encontrado nada relativo a ese papel...

Tras un silencio, Lucas preguntó:

—¿Y usted?

—Aún no lo sé... ¡Nada!... ¡O todo!... Se decidirá de un momento a otro... ¿Qué cuentan en Dizy?...

—Que si el *Southern Cross* no hubiera sido un yate, seguro que no lo habrían dejado irse y recuerdan que el coronel ya ha tenido varias mujeres.

Maigret calló y se llevó a su compañero por las calles de la pequeña ciudad hasta la oficina de telégrafos.

—Póngame con la Policía científica, en París...

El belinograma con las huellas dactilares del arriero debía de haber llegado hacía más de dos horas a la Prefectura. Y, a partir de aquí, era cuestión de suerte. Lo mismo se podía encontrar enseguida la ficha correspondiente a esas huellas entre otras ochenta mil, como se podía tardar horas.

—Tome un auricular, amigo... ¡Oiga!... ¿Quién está al aparato?... ¿Es usted, Benoît?... Aquí Maigret... ¿Han recibido mi comunicación?... ¿Cómo dice?... ¿Lo ha buscado usted mismo?... Espere un momento...

Salió de la cabina y se dirigió hacia la oficina de correos.

—¡Tal vez necesite la línea mucho rato! Asegúrese de que no la corten pase lo que pase...

Cuando volvió a coger el auricular, tenía la mirada más animada.

—Siéntese, Benoît, porque me va a leer todo el expediente... Lucas, que está a mi lado, tomará nota... Ya puede empezar...

Imaginaba a su interlocutor con tanta nitidez como si estuviese a su lado, porque conocía el local, allá arriba, en la buhardilla del Palacio de Justicia, donde unos armarios de hierro contenían las fichas de todos los malhechores de Francia y de buen número de delincuentes extranjeros.

—Primero su nombre...

—Jean Évariste Darchambaux, nacido en Boulogne, actualmente tiene cincuenta y cinco años...

Maquinalmente, Maigret intentaba recordar un caso con ese nombre, pero

ya la voz impasible de Benoît proseguía, articulando las sílabas minuciosamente, mientras Lucas iba escribiendo:

—Doctor en Medicina... Casado, a los veinticinco años, con una tal Céline Mornet, de Étampes... Instalado en Toulouse, donde estudió... Vida bastante agitada... ¿Me oye, comisario?

—¡Perfectamente! Continúe...

—He cogido todo el expediente, porque la ficha no dice prácticamente nada... La pareja no tarda en verse endeudada hasta las cejas... Dos años después de la boda, a los veintisiete años, Darchambaux es acusado de haber envenenado a su tía, Julia Darchambaux, que había ido a vivir con el matrimonio a Toulouse y que reprochaba su estilo de vida... La tía era rica... Los Darchambaux eran sus únicos herederos... La instrucción duró ocho meses porque no se encontraba ninguna prueba concluyente... El asesino pretendía, y algunos peritos lo respaldaban, que los medicamentos que le había recetado a la anciana no constituían por sí mismos ningún veneno y que eran un tratamiento novedoso... Hubo polémicas... ¿No querrá usted que le lea los informes?... El proceso fue agitado y hubo que suspender varias veces el juicio... La mayoría creía que lo absolverían, sobre todo después de la declaración de su esposa, que juró que él era inocente y que, si lo enviaban a presidio, ella lo acompañaría...

—¿Condenado? —preguntó Maigret.

—A quince años de trabajos forzados... ¡Espere!... Eso es lo que hay en nuestros expedientes... Pero he enviado a un ciclista al Ministerio del Interior... Acaba de regresar...

Se le oyó hablar con alguien que se encontraba detrás de él y luego remover unos papeles.

—¡Aquí está!... Pero no aporta gran cosa... El director de Saint-Laurent-du-Maroni quiso hacer trabajar a Darchambaux en uno de los hospitales de la colonia penitenciaria... Él se negó... Las notas son buenas... Es un preso dócil... Una sola tentativa de evasión, en compañía de quince compañeros que lo arrastraron... Cinco años más tarde, un nuevo director intenta lo que él llama la repesca de Darchambaux, pero inmediatamente anota en el margen de su informe que, en el preso que le traen, nada recuerda al intelectual de otro tiempo, ni siquiera al hombre de una cierta educación... ¡Bueno! ¿Esto

le interesa?... Lo ponen de enfermero en Saint-Laurent, pero él mismo solicita ser devuelto a la colonia penitenciaria... Es dulce, obstinado y silencioso. Uno de sus colegas, interesado por su caso, lo examina desde el punto de vista mental y no puede pronunciarse. Escribe, subrayando estas palabras con tinta roja, que hay una especie de extinción progresiva de las facultades intelectuales, paralela a una hipertrofia de la vida física. Darchambaux roba dos veces. Las dos veces comida, la segunda a otro recluso que lo hiere en el pecho con un sílex afilado... Hay unos periodistas que van de visita y le aconsejan en vano que pida el indulto. Una vez cumplidos quince años, obtiene la condicional y se emplea como mozo en una aserrería, donde se ocupa de los caballos. A los cuarenta y cinco años, está en paz con la ley. Se le pierde la pista...

—¿Eso es todo?

—Le puedo enviar el expediente... Sólo le he hecho un resumen...

—¿No hay ninguna información sobre su mujer?... Me ha dicho que había nacido en Étampes, ¿no es así?... Gracias, Benoît... No vale la pena mandar los documentos... Lo que me ha dicho me basta...

Cuando salió de la cabina, seguido por Lucas, estaba empapado.

—Va usted a llamar al ayuntamiento de Étampes. Si Céline Mornet ha muerto, lo sabrán... Al menos si ha muerto con este nombre... Compruebe también en Moulins si Marie Dupin tiene familia en Étampes...

Cruzó la ciudad sin ver nada, con las manos en los bolsillos, y tuvo que esperar cinco minutos al borde del canal, porque el puente levadizo estaba alzado y una gabarra muy cargada avanzaba a duras penas, arrastrando el vientre plano por el fondo cuyo cieno subía a la superficie con burbujas de aire.

Delante de *La Providence*, se acercó al agente que había apostado en el camino de sirga.

—Ya se puede marchar...

Vio al coronel caminando arriba y abajo por la cubierta del yate.

La patrona de la gabarra acudió, mucho más alterada que por la mañana, con unos surcos relucientes en las mejillas.

—Es espantoso, comisario...

Maigret palideció y preguntó con dureza:

—¿Muerto?

—¡No!... Cállese... Hace un momento he estado a su lado, yo sola... porque debo decirle que, aunque también quería a mi marido, él tenía debilidad por mí... Soy mucho más joven... pero ¡fíjese!, a pesar de eso me veía un poco como a una madre... A veces pasábamos semanas sin hablar... Solamente... ¡Un ejemplo!... La mayor parte de las veces, mi marido no se acuerda de mi santo... Santa Hortensia... Pues, desde hace ocho años, Jean no ha dejado ni una sola vez de regalarme flores... A veces, cuando estábamos en pleno campo, me preguntaba dónde las habría ido a buscar... Y ese día ponía una escarapela en las orejeras de los caballos... Como le iba diciendo... me he sentado muy cerca de él... Sin duda son sus últimas horas... Mi marido quería sacar los caballos, que no están acostumbrados a estar tanto tiempo encerrados... Yo no le he dejado, porque estoy segura de que él los quiere tener ahí... He cogido su mano grande...

La mujer lloraba. No sollozaba. Seguía hablando, con unas lágrimas fluidas que corrían por sus mejillas veteadas de cuperosis.

—No sé cómo ha sido... No tengo hijos... Hemos decidido que adoptaremos uno cuando tengamos la edad que exige la ley... Le he dicho que no era nada, que se curaría, que intentaríamos tener un cargamento para Alsacia, donde en verano el paisaje es tan bonito... He notado que sus dedos apretaban los míos... No podía decirle que me hacía daño... Y entonces ha querido hablar... ¿Usted lo comprende?... Un hombre como él, que ayer era fuerte como sus caballos... Ha abierto la boca... Hacía un esfuerzo tan grande que sus venas se volvían violetas y se hinchaban en las sienes... Y yo he oído un ruido ronco, como el grito de un animal... Le he suplicado que estuviera tranquilo... Pero él se ha empeñado... Se ha sentado en la paja, no sé cómo... y ha seguido abriendo la boca... La sangre le salía por la boca y le rodaba por el mentón... Quería llamar a mi marido... pero Jean me tenía la mano agarrada... Me daba miedo... No se lo puede figurar... He tratado de comprender... Le he preguntado: «¿Tiene sed?... ¿No?... ¿Quiere que vaya a buscar a alguien?...». ¡Y estaba tan desesperado de no poder hablar!... Yo tendría que haberlo adivinado... Lo he intentado... «¡Dígame! ¿Qué me quería pedir?»... Y ahora tiene algo roto en la garganta... Yo no sé... Ha sufrido una hemorragia. Al final se ha vuelto a acostar, con los dientes

apretados, justamente sobre el brazo roto... Seguro que le hace daño y sin embargo parece que no sienta nada... Mira fijo al frente... Daría cualquier cosa por saber qué le gustaría antes... antes de que sea demasiado tarde...

Maigret caminó sin hacer ruido hacia la caballeriza y se asomó por el panel abierto.

Era tan impresionante, tan fuerte, como la agonía de un animal con el cual uno no tiene modo de comunicarse.

El arriero estaba doblado sobre sí mismo. Se había arrancado en parte el aparato que el médico le había puesto alrededor del torso la noche anterior.

Y se oía el silbido muy espaciado de su respiración.

Uno de los caballos se había pillado una pata con el ronzal pero permanecía inmóvil, como si hubiera comprendido que estaba ocurriendo algo solemne.

También Maigret titubeaba. Pensaba en la mujer muerta, escondida debajo de la paja en la cuadra de Dizy, y luego en el cuerpo de Willy flotando en el canal y que la gente, en medio del frío de la mañana, trataba de enganchar con un bichero.

Su mano, dentro del bolsillo, manoseaba la insignia del Yacht Club de Francia y el gemelo.

Y se acordaba del coronel inclinándose delante del juez de instrucción y pidiéndole con una voz que no temblaba autorización para continuar su viaje.

En la morgue de Épernay, en una habitación gélida, con las paredes tapizadas de casilleros metálicos como los sótanos de un banco, esperaban dos cuerpos, cada uno en una caja numerada.

Y en París, dos mujercitas con el maquillaje medio descompuesto debían de arrastrar su angustia sorda de bar en bar.

Llegó Lucas.

—¿Y bien? —le gritó Maigret de lejos.

—Céline Mornet no ha dado señales de vida en Étampes desde el día en que pidió los papeles necesarios para casarse con Darchambaux...

El inspector miró con curiosidad al comisario.

—¿Qué le ocurre?

—¡Chist!...

Pero por más que Lucas mirase a su alrededor, no veía nada que

justificase ninguna emoción.

Entonces Maigret lo llevó hasta el panel de la caballeriza y le señaló el bulto acostado en la paja.

La patrona se preguntaba qué iban a hacer. Desde una motonave que pasaba, una voz gritó alegremente:

—¿Qué?... ¿Una avería?...

Ella se echó a llorar de nuevo, sin saber por qué. Su marido volvía a bordo, con un balde de alquitrán en una mano y un cepillo en la otra y anunciaba desde popa:

—Hay algo en el fuego que se está quemando...

Ella se fue a la cocina, maquinalmente. Y Maigret le dijo a Lucas, como con pena:

—Bajemos...

Uno de los caballos relinchó débilmente. El arriero no se movió.

El comisario había cogido la foto de la mujer muerta de su cartera, pero no la miraba.

## 10

### LOS DOS MARIDOS

—Escuche, Darchambaux...

Maigret había dicho eso de pie, escrutando la cara del arriero. Sin darse cuenta, se había sacado la pipa del bolsillo, pero no tenía ninguna intención de llenarla.

¿Acaso la reacción no fue la que esperaba? El caso es que se dejó caer en el banco de la cuadra, se inclinó hacia delante, con el mentón en las manos, y adoptó otra voz:

—Escuche... No se ponga nervioso... Ya sé que no puede hablar...

Una sombra insólita sobre la paja le hizo levantar la cabeza y vio al coronel, de pie en la cubierta de la gabarra, en el umbral del panel abierto.

El inglés no se movió, continuó siguiendo la escena con los ojos, de arriba abajo, con los pies a un nivel más alto que la cabeza de los tres personajes.

Lucas se mantenía tan apartado como lo exiguo de la caballeriza permitía. Maigret, un poco más nervioso, prosiguió:

—No se lo llevarán de aquí... ¿Me comprende, Darchambaux?... Dentro de un momento me retiraré... La señora Hortense ocupará mi lugar...

Era doloroso, sin que uno pudiera decir exactamente por qué. Maigret, sin querer, hablaba casi con tanta dulzura como la bruselense.

—Primero debe responder cerrando los párpados a unas preguntas... Varias personas pueden ser acusadas y detenidas de un momento a otro...

Usted no quiere eso, ¿verdad?... Así pues, necesito que me confirme la verdad...

Y, mientras hablaba, el comisario no dejaba de escrutar al hombre, preguntándose a quién tenía delante en ese instante, si al doctor de antaño, al presidiario obstinado, al arriero embrutecido o al asesino encarnizado de Mary Lampson.

La silueta era basta, las facciones rudas. Pero ¿no tenían los ojos una expresión nueva, de la que toda ironía estaba excluida?

Una expresión de tristeza infinita.

Por dos veces Jean intentó hablar. Por dos veces se oyó un ruido que se parecía al gemido de un animal, y unas gotas de saliva rosa perlaron los labios del moribundo.

Maigret seguía viendo la sombra de las piernas del coronel.

—Cuando se fue a presidio, hace años, estaba convencido de que su mujer cumpliría su promesa de seguirlo... ¡Fue a ella a quien mató en Dizy!...

¡Ni un estremecimiento! ¡Nada! La cara iba adquiriendo un color grisáceo.

—Ella no fue y... usted se desmoralizó... usted... quiso olvidarlo todo, hasta su personalidad...

Maigret hablaba más rápido, como con impaciencia. Tenía prisa por acabar. Y lo que más temía era ver sucumbir a Jean durante aquel interrogatorio espantoso.

—La encontró por casualidad, cuando usted ya era otro hombre... Fue en Meaux... ¿No es cierto?

Hubo que esperar un buen rato antes de que el arriero, dócil, consintiese en cerrar los párpados en señal de confirmación.

La sombra de las piernas se movió. La gabarra osciló un instante al paso de un barco de motor.

—¡Ella estaba igual!... Guapa... ¡Y coqueta!... ¡Y alegre!... Bailaban en la cubierta del yate... Usted no pensó enseguida en matarla... Si no, no hubiera hecho falta llevarla primero a Dizy...

¿Acaso aún podía oírlo el moribundo? Acostado como estaba, debía de ver al coronel justo encima de su cabeza. ¡Pero sus ojos no expresaban nada!



Al menos nada que uno pudiera comprender.

—Ella había jurado seguirlo adonde fuera... Usted había estado en presidio... Vivía en una cuadra... Y de pronto se le ocurrió la idea de apoderarse de ella, tal como estaba, con sus joyas, su cara maquillada, su vestido blanco, y obligarla a compartir con usted la paja... ¿No es cierto, Darchambaux?...

Los párpados no se cerraron. Pero el pecho se levantó. Se oyó un nuevo estertor. Lucas, que no podía más, se removió en su rincón.

—¡Fue así! ¡Lo sé! —dijo Maigret cada vez más rápido, como presa del vértigo—. Delante de su ex mujer, Jean el arriero, que casi había olvidado al doctor Darchambaux, recuperó recuerdos, bocanadas de otros tiempos... Y una extraña venganza se fue perfilando... ¿Una venganza?... ¡Ni siquiera!... Una oscura necesidad de reducir a su nivel a la que había prometido ser suya para toda la vida... Y Mary Lampson vivió tres días, escondida en esta cuadra, casi por su propia voluntad... Porque tuvo miedo... ¡Miedo del espectro que sentía dispuesto a todo, que le ordenaba seguirlo!... Miedo sobre todo porque era consciente de la vileza que había cometido... Vino por su propia voluntad... Y usted, Jean, le trajo carne en conserva y vino tinto... Estuvo con ella dos noches seguidas, tras las interminables etapas a lo largo del Marne... En Dizy...

Una vez más el moribundo se agitó. Pero no le quedaban fuerzas. Y volvió a caer, blando, sin nervios.

—Ella debió de rebelarse... No podía soportar por más tiempo semejante vida... Usted la estranguló en un momento de rabia antes que dejarla partir por segunda vez... Llevó el cadáver a la cuadra... ¿Verdad?

Tuvo que repetir cinco veces la pregunta y al final los párpados se movieron.

«Sí...», decían con indiferencia.

Se oyó un ligero ruido en la cubierta. El coronel apartaba a la bruselense que quería acercarse. Ella obedecía, impresionada por su aire solemne.

—El camino de sirga... Su vida, de nuevo, a lo largo del canal... Pero usted estaba inquieto... Tenía miedo... Porque usted tiene miedo a morir, Jean... Miedo a ser detenido otra vez... Miedo al presidio... Un miedo atroz, sobre todo, a separarse de sus caballos, de su pequeña cuadra, de su paja, del

rinconcito que se ha convertido en su universo... Entonces una noche cogió la bicicleta de un operario... Yo le había interrogado... Usted adivinaba mis sospechas... Fue a merodear por Dizy, con la idea de hacer algo, cualquier cosa, para despistarme... ¿Es así?...

Jean, ahora, estaba tan absolutamente calmado que parecía muerto. Su cara ya no expresaba más que aburrimiento. Sus párpados, sin embargo, se cerraron una vez más.

—Cuando usted llegó, el *Southern Cross* no estaba iluminado. Pensó que todo el mundo dormía. En la cubierta había una gorra de marino puesta a secar... La cogió... Fue a la cuadra para ocultarla debajo de la paja... Era la manera de cambiar el curso de la investigación, de hacerla derivar hacia los huéspedes del yate... Usted no podía saber que Willy Marco, que estaba fuera, solo, y que le había visto coger la gorra, lo seguiría paso a paso... Lo esperó en la puerta de la cuadra, donde perdió un gemelo... Intrigado, lo siguió a usted hasta el puente de piedra, donde había dejado la bicicleta... ¿Lo interpeló?... ¿Acaso oyó ruido detrás de usted?... Hubo una pelea... Usted lo mató con sus dedos terribles, que ya habían estrangulado a Mary Lampton... Arrastró el cuerpo hasta el canal... Después debió de caminar con la cabeza gacha... Vio en el camino algo que brillaba, la insignia del YCF... Y, por si acaso, sabiendo que esa insignia pertenecía a alguien, habiéndola visto quizá en el ojal del coronel, la tiró en el sitio donde había tenido lugar la pelea... Responda, Darchambaux... ¿Fue así como se desarrollaron los hechos?...

—¿Está averiada *La Providence*?... —gritó de nuevo un marinero cuya gabarra pasó tan cerca que se vio deslizarse su cabeza a la altura del panel.

Y, cosa rara, conmovedora, los ojos de Jean se humedecieron. Parpadeó, muy deprisa, como para decir a todo que sí, para acabar de una vez. Oyó que la patrona contestaba desde la popa donde estaba esperando:

—Es Jean que se ha hecho daño...

Entonces Maigret, levantándose, dijo:

—Ayer tarde, cuando examiné sus botas, usted comprendió que yo descubriría fatalmente la verdad... Quiso matarse arrojándose a los remolinos de la esclusa...

Pero el arriero estaba tan exhausto, respiraba con tanta dificultad, que el

comisario ni siquiera esperó su respuesta. Hizo una señal a Lucas y miró una última vez a su alrededor.

Caía en la caballeriza un rayo de sol oblicuo que daba en la oreja izquierda del arriero y en el casco de uno de los caballos.

En el momento en que los dos hombres salían sin encontrar nada que añadir, Jean intentó hablar una vez más, con vehemencia, sin preocuparse del dolor. Se incorporó a medias en su lecho, con ojos de loco.

Maigret no se ocupó inmediatamente del coronel. Hizo unos gestos para llamar a la mujer que, desde lejos, lo observaba.

—¿Y bien?... ¿Cómo está?... —preguntó ella.

—Quédese a su lado...

—¿Puedo?... Ya no vendrán a...

No se atrevió a terminar la frase. Se quedó paralizada al oír los sonidos indistintos con los que la llamaba Jean, que parecía tener miedo de morir solo.

Luego, de repente, corrió hacia la cuadra.

Vladimir, sentado en el cabrestante del yate, con un cigarrillo entre los labios y la gorra blanca ladeada en la cabeza, hacía un empalme.

Un agente esperaba en el muelle y Maigret le preguntó desde la gabarra:

—¿Qué pasa?

—Tenemos la respuesta de Moulins...

Le tendió un pliego que decía simplemente: «La panadera Marie Dupin declara que tenía en Étampes una tía segunda llamada Céline Mornet».

Entonces Maigret miró al coronel de pies a cabeza. Éste llevaba su gorra blanca con el ancho escudo. No tenía los ojos muy glaucos, lo cual significaba sin duda que había bebido relativamente poco whisky.

—¿Sospechaba usted de *La Providence*? —le preguntó a quemarropa.

¡Era tan evidente! ¿Acaso el propio Maigret no hubiera sospechado de la gabarra de no haber dudado por un momento de los huéspedes del yate?

—¿Por qué no me dijo nada?

La respuesta fue digna del diálogo entre sir Lampson y el juez de instrucción en Dizy.

—Quería *hacer* yo mismo...

Y eso bastaba para expresar el desprecio del coronel por la policía.

—¿Mujer mío?... —preguntó casi enseguida.

—Como dijeron usted y Willy Marco, era una mujer encantadora...

Maigret hablaba sin ironía. Por otra parte, estaba más atento a los ruidos que llegaban de la caballeriza que a la conversación.

Se oyó el murmullo ahogado de una voz, la de la patrona de la gabarra, que parecía consolar a un niño enfermo.

—Cuando se casó con Darchambaux, ya le gustaba el lujo... Y, sin duda, fue por ella por lo que el médico pobre ayudó a su tía a morir... No digo que ella fuera cómplice... ¡Digo que lo hizo por ella!... Y ella lo sabía tan bien que juró ante el tribunal que se reuniría con él... Una mujer encantadora... Que no es lo mismo que una heroína... El gusto por la vida fue más fuerte... Usted debe comprender eso, coronel...

Hacía sol, pero había viento y nubes amenazadoras. Podía caer un chaparrón de un momento a otro. La luz era dudosa.

—¡Se vuelve tan pocas veces de presidio!... Ella era bonita... Tenía todos los placeres a su alcance... Lo único que le estorbaba era su nombre... Entonces, en la Costa Azul, donde encontró a un primer admirador dispuesto a casarse con ella, se le ocurrió la idea de pedir que le enviaran desde Moulins la partida de nacimiento de la hija de una prima que recordaba... ¡Es fácil! Tan fácil que ahora se habla de tomar las huellas dactilares de los recién nacidos y estamparlas en los libros del registro civil... Se divorció... Se convirtió en su mujer... Una mujer encantadora... No era mala, estoy seguro... Pero amaba la vida, ¿no es cierto?... Amaba la juventud, el amor, el lujo... Quizá a veces tenía unos arrebatos que la empujaban a unas fugas inexplicables... ¡Mire! Estoy convencido de que se fue con Jean no tanto por sus amenazas como por la necesidad de hacerse perdonar... El primer día, escondida en la caballeriza de este barco, entre los fuertes olores, debió de saborear una satisfacción turbia ante la idea de que estaba expiando... Lo mismo que antaño, cuando gritaba ante el jurado que seguiría a su marido a la Guayana. Unos seres encantadores, cuyo primer impulso siempre es bueno, cuando no teatral... Están llenos de buenas intenciones... Pero la vida, con sus cobardías, sus componendas, sus necesidades imperiosas, es más

poderosa...

Maigret había hablado con cierta pasión, sin dejar de acechar los ruidos de la caballeriza al tiempo que su mirada seguía los movimientos de los barcos que entraban o salían de la esclusa.

El coronel, delante de él, tenía la cabeza gacha. Cuando la levantó, fue para observar a Maigret con una simpatía evidente, tal vez incluso con una emoción contenida.

—¿Viene a tomar una copa? —dijo señalando su yate.

Lucas se mantenía apartado.

—¿Me avisará? —le gritó el comisario.

Entre ellos no había necesidad de explicaciones. El inspector había comprendido y rondaba, silencioso, alrededor de la caballeriza.

El *Southern Cross* estaba ordenado como si nada hubiese ocurrido. No había ni una mota de polvo en los tabiques de caoba de la cabina.

En medio de la mesa, una botella de whisky, un sifón y dos vasos.

—¡Quédese fuera, Vladímir!...

La impresión de Maigret era otra. Ya no entraba allí para intentar descubrir un pedacito de verdad. Era menos agresivo, menos brutal.

Y el coronel lo trataba como había tratado al señor de Clairfontaine de Lagny.

—Va a morir, ¿verdad?...

—De un momento a otro, ¡sí!... Lo sabe desde ayer...

El agua con gas salió salpicando del sifón. Sir Lampson pronunció gravemente:

—¡A su salud!...

Y Maigret bebió, con tanta avidez como su anfitrión.

—¿Por qué abandonó el hospital?...

El ritmo de las réplicas era lento. Antes de contestar, el comisario miró a su alrededor y observó los más mínimos detalles de la cabina.

—Porque...

Buscó las palabras, mientras su compañero ya volvía a llenar los vasos.

—Un hombre sin vínculos... un hombre que ha cortado todos los lazos

con su pasado, con su antigua personalidad..., ¡necesita aferrarse a algo!... Tuvo su caballeriza..., el olor..., los caballos..., el café que se metía ardiendo entre pecho y espalda a las tres de la madrugada antes de caminar hasta la noche... ¡Su madriguera, si usted quiere!... Su rincón... Lleno de su calor animal...

Y Maigret miró al coronel a los ojos. Vio cómo éste apartaba la mirada. Y añadió cogiendo su vaso:

—Hay madrigueras de muchas clases... Las hay que huelen a whisky, a agua de colonia y a mujer... Con música de fonógrafo y...

Se calló para beber. Cuando levantó la cabeza, su compañero había tenido tiempo de vaciar un tercer vaso.

Y sir Lampson lo miraba con sus grandes ojos turbios, tendiéndole la botella.

—No, gracias —dijo Maigret.

—Yes!... Necesito...

¿Acaso no había afecto en su mirada?

—Mujer mío... Willy...

En ese momento, un pensamiento punzante cruzó la mente del comisario. ¿Acaso sir Lampson no estaba tan solo, tan desamparado como Jean, que en este momento se estaba muriendo en la cuadra?

El arriero por lo menos tenía a su lado sus caballos y a la bruselense maternal.

—¡Beba!... Yes!... Yo pido... Usted es un *gentleman*...

Casi le suplicaba. Tendía su botella con una mirada un poco avergonzada. Se oía a Vladímir ir y venir por la cubierta.

Maigret tendió el vaso. Pero llamaron a la puerta. Y Lucas gritó al otro lado:

—¡Comisario!...

Y, apenas abrieron, añadió:

—Ya está...

El coronel no se movió. Miró a los dos hombres alejándose con aire lúgubre. Cuando se volvió, Maigret lo vio beberse el vaso que acababa de servirle, de un trago, y lo oyó gritar:

—¡Vladímir!...

Junto a *La Providence* se habían parado algunas personas, porque desde la orilla se oían sollozos.

Era Hortense Canelle, la patrona de la gabarra que, arrodillada junto a Jean, seguía hablándole a pesar de que éste había abandonado la vida desde hacía varios minutos.

Su marido, en el puente, acechaba la llegada del comisario. Se le acercó dando saltitos, muy delgado, muy ajetreado, y murmuró con angustia:

—¿Qué debo hacer?... ¡Se ha muerto!... Mi mujer...

Una imagen que Maigret no olvidaría: en la caballeriza, visto desde arriba, con los dos caballos en medio, un cuerpo casi doblado sobre sí mismo, con la mitad de la cabeza metida en la paja. Y los cabellos rubios de la bruselense acaparando todo el sol mientras gemía dulcemente, repitiendo de vez en cuando:

—Mi pequeño Jean...

¡Como si Jean hubiese sido un niño y no aquel viejo duro como el pedernal, con su carcasa de gorila, que había desconcertado a los médicos!

## 11

### ADELANTAMIENTO

Nadie se dio cuenta, aparte de Maigret.

Dos horas después de la muerte de Jean, mientras se llevaban el cuerpo en una camilla hacia un coche que lo esperaba, el coronel le preguntó, con los ojos llenos de venitas rojas pero caminando con mucha dignidad:

—¿Usted cree que me darán el permiso de inhumación?

—Mañana mismo...

Cinco minutos más tarde, Vladímir, con su acostumbrada precisión de movimientos, largaba las amarras.

Dos barcos esperaban delante de la esclusa de Vitry-le-François, en dirección a Dizy.

El primero ya se impulsaba con la pértiga hacia la cámara cuando el yate lo rozó, rodeó su proa redondeada y entró en la esclusa abierta.

Hubo protestas. El marinero le gritó al operario de la esclusa que le tocaba a él, que presentaría una reclamación, y cien cosas más.

Pero el coronel, con la gorra blanca y su traje de oficial, ni siquiera se volvió.

Estaba de pie delante de la rueda de metal del timón, impasible, mirando al frente.

Cuando se cerraron las compuertas de la esclusa, Vladímir saltó a tierra, tendió sus papeles y la propina de costumbre.

—¡Caray! ¡Los yates tienen todos los derechos! —masculló un arriero—.



Con diez francos en cada esclusa...

El tramo aguas abajo de Vitry-le-François estaba lleno. Parecía imposible abrirse paso con la pértiga entre las embarcaciones que esperaban su turno.

Y, sin embargo, apenas abrieron las compuertas, el agua borboteó alrededor de la hélice. El coronel, con un gesto indiferente, embragó.

Y el *Southern Cross* tomó inmediatamente su velocidad de crucero y pasó rozando las pesadas barcazas en medio de los gritos y las protestas, pero sin tocar ninguna.

Al cabo de dos minutos desaparecía en el recodo y Maigret le decía a Lucas, que iba con él:

—¡Están los dos borrachos como cubas!

Nadie lo había sospechado. Al coronel se le veía correcto y digno, con el ancho escudo dorado en medio de la gorra.

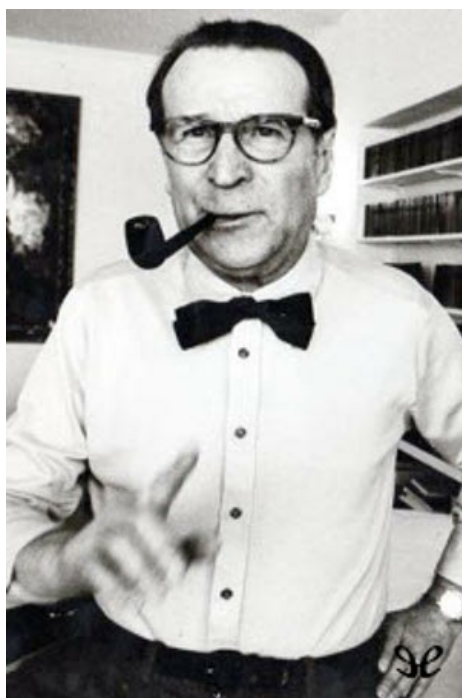
Vladimir, con su jersey a rayas y el gorro en la punta del cráneo, no erraba ni un movimiento.

Pero si bien el cuello apopléctico de sir Lampson era violáceo, la cara tenía una palidez enfermiza, enormes bolsas subrayaban sus ojos y los labios estaban lívidos.

En cuanto al ruso, el menor choque le habría hecho perder el equilibrio, porque dormía de pie.

A bordo de *La Providence* todo estaba cerrado y silencioso. Los dos caballos, a cien metros de la gabarra, permanecían atados a un árbol.

Y los patrones de la gabarra se habían ido a la ciudad, a encargar ropa de luto.



GEORGES SIMENON (Lieja, Bélgica, 1903 - Lausana, Suiza, 1989) escribió ciento noventa y una novelas con su nombre, y un número impreciso de novelas y relatos publicados con seudónimo, además de libros de memorias y textos dictados. El comisario Maigret es el protagonista de setenta y dos de estas novelas y treinta y un relatos, todos ellos publicados entre 1931 y 1972. Célebre en el mundo entero, reconocido ya como un maestro, hoy nadie duda de que sea uno de los mayores escritores del siglo xx.

Última revisión por UMDN: 12 de mazo de 2022

